

# Hombres de la Restauración

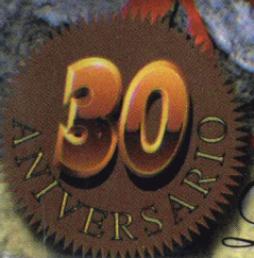
GREGORIO LUPERÓN

III

CUADERNOS PATRIÓTICOS



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia



*Librería La Trinitaria*

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



# HOMBRES DE LA RESTAURACIÓN



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



Gregorio Luperón  
HOMBRES DE LA RESTAURACIÓN



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

*Hombres de la Restauración*  
Gregorio Luperón

1<sup>ra</sup> edición, 1931  
Logia Cuna de América

2<sup>da</sup> edición (*Facsimil*), 1974  
Sindicato Nacional de Artes Gráficas

3<sup>ra</sup> edición, 1998  
Ediciones Librería La Trinitaria  
Cuadernos Patrióticos  
No. III.

*Diagramación*  
Punto Creativo

*Cuidado de la edición*  
Tomás Castro Burdiez

*Impresión*  
Editora de Colores

Hecho en República Dominicana  
Printed in Dominican Republic



# Indice

Presentación,	
Juan Ventura .....	9
Introducción .....	17
Benigno F. de Rojas .....	25
Ulises F. Espailat .....	35
Pablo Pujol .....	41
Julián Belisario Curiel .....	48
Pedro Francisco Bonó .....	54
Máximo Grullón .....	61
Alfredo Deetjen .....	67
Epílogo .....	71
Biografía,	
Rufino Martínez .....	77



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



## Presentación

La reconocida librería, de la librería La Trinitaria y difusora del libro dominicano, doctora Virtudes Uribe nos ha solicitado una presentación al opúsculo *Hombres de la Restauración*, escrito por el general Gregorio Luperón. El mismo aparece contenido en el segundo tomo de sus *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos sobre la República Dominicana, desde la Restauración a nuestros días*, publicado por primera vez en Ponce, Puerto Rico, en el año 1896. Dicha obra fue perseguida y destruida, casi por completo, por el dictador puertoplateño Ulises Heureaux, Presidente de la República.

Gregorio Luperón se dedicó a la carrera de las armas, el comercio, la diplomacia y a las actividades políticas.

Nacido de cuna humilde en el pueblo de Puerto Plata, el 8 de septiembre de 1839, hijo de la pareja formada por Nicolasa Duperón y de Pedro Castellanos.



Desde temprana edad tuvo que salir a las calles de su ciudad natal en busca de manutención para su madre y hermanos.

Aprendió las primeras letras en una modesta escuela metodista de Puerto Plata, dirigida por el reverendo William Towler, donde dio demostración de inteligencia y don de mando.

En 1851, cuando apenas tenía 12 años de edad dejó el hogar materno para irse a vivir a Jamao, donde se radicó para dirigir los cortes de caoba de don Pedro Eduardo Dubocq, quien se convirtió en su protector. En su casa leyó a Plutarco y otros libros de la biblioteca del señor Dubocq, para de esa forma convertirse en un joven autodidacto. Gregorio Luperón en 1857 ocupó su primer cargo público como Comandante Auxiliar del Puerto Cantonal de Rincón de Yásica, siendo nombrado por el Gobierno del general José Desiderio Valverde, en donde se destacó y demostró habilidades en las armas.

Al año se retiró de dicho cargo y se dedicó al comercio en Sabana de Yásica.

El 18 de marzo de 1861, cuando Pedro Santana proclamó la Anexión del país a España; Luperón se declaró contraria a la misma y se negó a firmar el acta de la Anexión. Puerto Plata fue último pueblo en apoyarla; cuando se bajó la



bandera dominicana y subió la española, el 26 de marzo de 1861. A partir de ahí Gregorio Luperón entró a la escena política e inició sus actividades revolucionarias, sufriendo persecuciones.

Viajó por diferentes países, como fueron: Haití, Estados Unidos, México y Jamaica. Posteriormente regresó al país para continuar sus actividades conspirativas y tras la ocupación de Guayubín por los dominicanos, es proclamado General de Brigada. Se anunció una recompensa a quién pudiera dar información de su paradero. Es sometido a nuevas persecuciones y es detenido otra vez y logrando escapar, para seguir con sus ideas revolucionarias, hasta el inicio y al fin de la Guerra de la Restauración, en Capotillo, el 16 de agosto de 1863.

Luperón, el 3 de septiembre de 1863 asumió el mando de una de las columnas que atacaron a Santiago. Luego fue nombrado Jefe del Cantón de Marilópez junto a los coroneles Teodoro Gómez y Andrés Tolentino.

El 14 de septiembre de 1863 se instaló en Santiago el Gobierno Provisional de la Restauración, presidido por José Antonio Salcedo, siendo nombrado Gregorio Luperón como Jefe



de Operaciones sobre el Este y el Sur del país, enfrentándose al Ejército español que comandaba el general Pedro Santana. Participó en las acciones de los días 30 de septiembre y 1 de octubre de 1863, derrotando a sus contrarios. Así también, en las de Bermejo, Mojarra, Yerba Buena y Maluco, San Pedro y otras.

Regresó a Baní y producto de las intrigas políticas, su vida corre peligro y fue puesto en arresto por el general Pedro Florentino y le dice éste que tiene órdenes de fusilarlo, pero lo dejó en libertad y lo remitió al Cibao.

El 20 de enero de 1864, el Presidente de la República, general Salcedo lo nombró en San Pedro de Macorís como Segundo Jefe del Ejército dominicano. En los distintos puestos que estuvo dio demostración de mandó y autoridad. El 16 de octubre de 1864 es designado como Jefe de Operaciones de la Línea Noroeste. Al final del año 1864 ocupó la Gobernación Civil y Militar de La Vega.

Luperón es proclamado Presidente de la República, el 24 de enero de 1865, pero rechazó ésta, designándose a Benigno Filomeno de Rojas, siendo elegido el primero como Vicepresidente de la República, cuando apenas tenía 26 años de edad.



Contrajo matrimonio con Ana Luisa Tavárez, en La Vega, el 24 de enero de 1865 y procrearon dos hijos: Ana Luisa Adelaida y Jacobo Leoncio Luperón Tavárez. Luperón tuvo otros hijos con diferentes mujeres.

Fundó y dirigió el Partido Azul. Llevó a varios dominicanos a la presidencia de la República, a través de dicho Partido y el liderazgo que ejerció en el pueblo dominicano

A partir de ahí Luperón se convirtió en el principal arbitrio de la política dominicana y ocupó los cargos más importantes, como fueron: Miembro del primer Triunvirato que gobernó el país en 1866, junto a los generales Pedro A. Pimentel y Federico de Jesús García; Delegado del Gobierno en las provincias de Santiago, La Vega y el Distrito Marítimo de Puerto Plata, en 1866; Diputado por Santiago, en 1874 ; Ministro de Guerra Y Marina, en 1876; presidente provisional de la República, con asiento en Puerto Plata, en 1879; Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República en diversos países, 1882.

Combatió las distintas dictaduras dominicanas incluyendo la de su ex discípulo Ulises Heureaux y se vio en la incómoda necesidad de tener que refugiarse en el exilio como forma de evitar morir a manos del tirano Luis.



Ahí tenemos, en una breve pincelada al héroe y a la figura preponderante en la historia local, regional y nacional, que por sus actuaciones y méritos acumulados en la Gesta Restauradora se ganó el primer lugar en la misma.

Cultivó y mantuvo lazos de amistad con eminentes contemporáneos, tales como: Eugenio María de Hostos, Dr. Ramón Betances, el general Antonio Maceo y otros tantos. A todos ellos protegió y ayudó para la causa de la Independencia de sus respectivos países.

Luperón fue un amante de la cultura y un ferviente propulsor de ésta y la educación. Ayudó a fundar instituciones culturales, educativas, logias, etc.

Fruto de su lectura y constantes viajes al exterior, llegó a adquirir una vasta cultura. Se ligó con los intelectuales dominicanos y extranjeros de más fuste e ilustración. Escribió artículos para periódicos nacionales, proclamas, cartas, etc.

Su figura cada día se agiganta y crece más con el tiempo; y, mientras, aparecen nuevas investigaciones sobre él, queda mejor situado ante la Historia. Es un personaje que ha sido estudiado y analizado también por historiadores



extranjeros. Mientras más se hurga en él crece su arraigo, valor y respeto alcanza su figura en el contexto del país, del Caribe y de América Latina, pues conjuga al valiente luchador por nuestra soberanía, por la libertad y al visionario del porvenir dominicano.

Escribió y publicó en tres tomos sus *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas sobre la República Dominicana, desde la Restauración a nuestros días*. En dicha obra, recoge documentos y aporta una gran cantidad de informaciones valiosas sobre sus actuaciones en el devenir de su vida y de la Sociedad en que le tocó vivir.

En el presente opúsculo nos da una semblanza de algunos de los *Hombres de la Restauración*.

A 102 años de publicado por él: *Hombres de la Restauración*; nos sentimos satisfechos y orgullosos de un hombre que pudiera sopesar y aquilatar los méritos de ciudadanos íntegros a carta cabal como Ulises Francisco Espaillat, Benigno Filomeno de Rojas, Pedro Francisco Bonó, Máximo Grullón Salcedo y otros tantos. Hoy algunas de esas figuras han sido estudiadas a profundidad y los juicios externados por Luperón siguen teniendo la acogida y la ponderación en sus reflexiones sobre las mismas.



Cada una de estas figuras conspicuas, actuaron en el escenario político dominicano apegado al orden establecido y la convivencia humana, dejando a sus pasos por esta vida huellas imborrables e imperecederas.

Se hace urgente y necesario que el Estado dominicano difunda y divulgue la obra *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos sobre la República Dominicana, desde la Restauración a nuestros días* del general Luperón para que las nuevas generaciones de jóvenes conozcan en su verdadera dimensión al héroe y adalid de la Guerra de la Restauración.

Con la publicación de este opúsculo *Hombres de la Restauración*, de Gregorio Luperón dentro de la nueva serie de publicaciones que inicia la librería La Trinitaria ha sido un paso positivo en la difusión del libro dominicano, dado por la doctora Virtudes Uribe.

*Juan Ventura*

Puerto Plata, R. D., julio de 1998.



## Introducción

Es de importancia capitalísima que una nación tenga tras de sí un gran pasado que contemplar. Ese modelo es el que ha dado tan vigoroso aliento y tanta fuerza y poderoso valor a los patriotas en el pasado y en el presente, para luchar con imponderable bravura por la patria y por sus instituciones. Es él que los eleva y los sostiene, los ilumina y los transporta por la sacrosanta memoria de los grandes hechos nacionales y por los nobles sufrimientos en las empresas gloriosas de sus antepasados. La vida de las naciones, como la de los hombres ilustres, es siempre un vasto tesoro de ejemplos y de experiencias, que bien aprovechados conducen al progreso social, así como mal empleados no se sales de ensayos, de pruebas, de sueños, de ilusiones y de faltas. Como los hombres, las naciones se purifican y se fortifican por las luchas de la libertad y la justicia, y ninguna prueba dolorosa la desvía del radio de sus



deberes. Por eso es que los capítulos más gloriosos de la historia de nuestra patria son aquellos que refieren los sufrimientos y los dolores en medio de los cuales su carácter se ha desarrollado. El sentimiento patrio y el amor a la libertad pueden hacer mucho, pero la prueba y el sufrimiento noblemente soportados hacen más que todo.

Los gobiernos pueden hacer bien o mal a sus gobernados sin su consentimiento moral y material, y sin causarse ellos mismos mal o bien; y cuando un Gobierno procede con justicia y equidad, hace brotar en abundancia lo bueno que hay en ellos. Porque la conciencia moral no perece jamás, responde siempre al llamamiento por la justicia y la libertad. Es por lo que instruir a los pueblos, es salvarlos de grandes calamidades, porque un pueblo esclarecido es siempre honrado, y jamás derramará su preciosa sangre por la tiranía ni por la esclavitud. Podemos ser engañados; pero vale más ser engañados, que injustos. Para hacer de los gobernados buenos ciudadanos, debe respetarse el ejercicio libre de sus derechos, porque no hay ciudadano donde no hay permiso de ejercer aquellos; y la justicia, la verdad la equidad y la libertad, son las llaves que abren el corazón humano, ya pertenezca



éste a un salvaje o a un civilizado. El mejor deber consiste en hacer el bien, y hay que arriesgar algo si se quiere hacer alguna cosa buena.

Cuánto no se pierde en nuestra patria, gastando ilimitadamente para hacer hombres bárbaros, opresores, traidores, hipócritas, verdugos, crueles, asesinos, protervos, enemigos de sus compatriotas, de la libertad, de la libertad, de la justicia, de la equidad y del progreso, pero no para buenos y honrados ciudadanos! Olvídase siempre que lo que conserva brillante el honor de las naciones y de los gobiernos, de la familia y de los ciudadanos, es la inmutable perseverancia en el cumplimiento de todos los deberes; que es una necesidad nacional, dar elevación al carácter individual, para tener buenos ciudadanos, porque sin esto, poco valen el valor y la capacidad intelectual, y de nada sirve la existencia política de una nación, con una vida adolescente del espíritu de moralidad, de justicia y de libertad, cuando sólo es durable lo que se consigue con la libre y perseverante iniciativa moral de la colectividad, cuya conciencia individual, constituye la general que da la estabilidad.

Las mismas cualidades que determinan el carácter de los gobernantes, determinan también



carácter de las naciones. Si no son sinceras, honradas, equitativas y valerosas; si no tienen miras elevadas, nobles sentimientos, amor a la libertad, a la justicia y a su independencia nacional, serán tenidas en escasa estimación, y hasta miradas con desprecio por las otras naciones, y no tendrán ningún peso en el mundo. Para merecer el respeto es necesario la consagración al deber. En cuanto a las instituciones, por buenas que sean en sí mismas, no son suficientes, como sucede en la desventurada República Dominicana, para mantener el carácter nacional a gran altura. Son los ciudadanos, tomados individualmente, y el espíritu de que están dominados, lo que determina la situación moral y la estabilidad de las naciones. Los gobiernos son pocas veces mejores que los pueblos que gobiernan; pero si las masas tiene conciencia, la moralidad y los hábitos sanos de justicia y de la libertad, la nación será dignamente dirigida con honradez; si, por el contrario, son corrompidas, egoístas y holgazanas, sin fe en las instituciones, ni respeto a la ley, la dominación de los déspotas, de los pícaros y de los malhechores, se hace inevitables.

Esto fue lo que le sucedió a la noble Francia con Napoleón tercero, y sólo el recuerdo de su



glorioso pasado y la energía y honradez de Thiers pudo salvarla. Hoy, por su patriotismo, por su laboriosidad y por su templada democracia, es la admiración del mundo y el respeto de sus enemigos.

Lo que causó la decadencia de Atenas, y lo que perdió a la Grecia, fue que sus ciudadanos no tenían verdadera familia, ni vida de hogar; sus hombres públicos eran de costumbres ligeras y corrompidas; sus mujeres, las más cumplidas, no eran castas, y su caída se hizo inevitable. Fue más rápida que su elevación.

Lo mismo sucedió a Roma; su decadencia y su caída pueden muy bien ser atribuidas a la corrupción general del pueblo y al amor desenfrenado por el placer y la ociosidad de sus magnates, que miraron con desprecio la vida honrada, porque el trabajo, esa fuente poderosa de la vida de los pueblos, estaba reservado únicamente a los esclavos. Los ciudadanos cesaron de enorgullecerse de las virtudes de sus ilustres antepasados, y el imperio no tuvo más fundamento. Cayó porque ya no merecía vivir, por sus escándalos y sus injusticias. Así es como perecen siempre las naciones viciosas y corrompidas, que prefieren derramar su sangre en luchas infames en favor de los pillos y de los



tiranos, antes que una gota de sudor en el trabajo honrado.

Tales naciones están inevitablemente condenadas a morir políticamente, y las naciones laboriosas y enérgicas, pasan a ocupar su puesto.

La estabilidad de las instituciones depende forzosamente de la estabilidad del carácter nacional. Las unidades depravadas, cualquiera que sea su número, no pueden formar una nación sólida y estable; porque cuando el carácter nacional no se sostiene ya, una nación puede ser considerada como próxima a su ruina. Cuando cesa de estimar y de practicar la virtud cívica, la sinceridad, la honradez, la lealtad, la integridad y la justicia, no merece vivir más. Porque cuando los ciudadanos han sido corrompidos por las traiciones y por las rapiñas, depravados por el despotismo e infatuados por el espíritu de bandería, llega un momento en que la virtud, la obediencia, la lealtad, el orden y el honor se pierden, y parece que debieran ser colocados entre las cosas pasadas.

Entonces, en medio de las tinieblas, si quedan afortunadamente personas honradas que se cuentan y se buscan, su sola esperanza está en la restauración y elevación del carácter individual, porque sólo eso puede salvar a una



nación; y si el carácter está irrevocablemente perdido, no quedará cosa alguna que valga la pena de ser salvada.

Tan poderoso es el ejemplo heroico y patriótico de los triunfos pasados, que es la principal fuente del valor de cada generación; tan es así, que don José Núñez de Cáceres y sus compañeros se inspiraron en Bolívar. Los ínclitos patriotas del 27 de Febrero en los de 1821; y los impertérritos del 16 de agosto de 1863, en los de Febrero de 1844, Aquellos patriotas, guiados por un ardiente patriotismo, dejaron tras sí el más grande tesoro para su país: el sublime ejemplo de una vida llena de heroísmo y de abnegación sin mancilla y un carácter elevado, puro y honrado: un modelo para la nación en que pueden formarse verdaderos ciudadanos, y patriotas dignos y respetables. Sí; porque aquellos patricios inmortales probaron al mundo, que la grandeza de la nación no depende de la extensión de su territorio, ni del número de sus moradores, sino del carácter nacional.

Hoy, la República Dominicana, tiene la imperiosa necesidad de recordar la gloriosa memoria de sus hechos, para volver con valor y dignidad por su honra y por sus derechos



conculcados por la más humillante tiranía. Es la razón por qué vamos a intercalar aquí las biografías de algunos de los hombres que tomaron parte en los memorables gobiernos de la inmortal restauración dominicana, describiendo con la mayor brevedad, los gloriosos hechos de aquellos notables ciudadanos, que en la defensa sagrada de la patria se elevaron a sublime altura.

Es una justicia que la patria debe a esos beneméritos, haciéndolos conocer a las nuevas generaciones. Por otra parte, el que escribe estas líneas, cree que cumple con un sagrado deber y paga una deuda de imperecedera gratitud.

Ellos fueron diferentes a los tiranos que han envenenado la educación nacional con su funesto despotismo, dejando por enseña el abandono del trabajo, el menosprecio a la probidad, al derecho a los deberes, a la patria, a su independencia, a la democracia, a la justicia, sumergiendo el país en la relajación, la bancarrota y el pavoroso vicio de la tiranía, llevando su desprecio hasta esa sacro culto por las augustas sombras de los que fueron y lucharon noblemente en los combates por la patria libre.



## Benigno F. de Rojas

Era abogado profundo, publicista de brillantes formas de atrevidas ideas, que arrebatava con la belleza de su estilo y convencía con la verdad de sus argumentos. Era orador singular, que con su fecunda elocuencia dominaba hasta en las conversaciones familiares, y encendía los corazones más indiferentes. Poderosamente abrumador con el peso de la realidad de los asuntos que trataba. Veía siempre con ojo certero las dificultades que oponen los hábitos arraigados, a las reformas del progreso, así como un buen general ve el campo de batalla y lo domina.

Unía en sus peroraciones la belleza de la forma con el interés por la libertad, por el derecho, la moralidad y la justicia.

Educado en Inglaterra, desde temprano, se ejercitó en el arte oratorio, y entró en el Colegio de Abogados de donde salió nombrado canciller, siendo después primer secretario de la



legación inglesa en Washington, donde tuvo lugar de penetrarse bien de los principios democráticos, adquiriendo una superioridad en el conocimiento de los negocios públicos, que lo colocó a gran altura.

Rojas alcanzó la mayor confianza del Gobierno inglés, hasta quedar encargado de la legación por mucho tiempo; mas cuando el pueblo dominicano, el 27 de febrero de 1844, volvió por sus derechos contra Haití, reclamando su dignidad y su independencia, Rojas, conmovido de entusiasmo por el poderoso grito de libertad lanzado con tan valeroso aliento por su patria, renunció a la legación inglesa y se dirigió a su país. Corrió a henchirla con sus claras ideas, vertidas en la prensa y en la tribuna. Voló de la soledad del ostracismo a las dulzuras de la patria, que nunca nos parece tan bella como cuando la vemos oprimida. Pero hay en la vida tormentos y dolores que no terminan sino con la muerte. Así fue que al regresar Rojas a su patria, para poner al servicio de ésta, su esclarecida inteligencia y su imponderable buena voluntad, tuvo que luchar mucho contra el egoísmo, ignorancia y el empedernido absolutismo de los gobernantes, que no se habían desprendido de la única herencia que dejaba en



el país la dominación haitiana. Fundó periódicos, en los cuales no se cuidaba de disimular las inconveniencias políticas de los gobiernos, lo que le proporcionó el odio más implacable del general Santana y su camarilla, que lo consideraron como un visionario y un perturbador del orden establecido. Públicamente se le acusaba de conspirador porque era resuelto defensor de la libertad de la prensa, de la libertad individual y de la libertad de cultos. Y, positivamente, para aquellos hombres tan estrechos de conocimientos democráticos, con un horizonte tan limitado de la vida pública, Rojas era un díscolo, porque resultaba una especie de Cremieux de República Dominicana.

Santana no podía perdonarle el atrevimiento de querer despertar los pueblos del sueño en que vivían.

Andando el tiempo, la opinión pública de la capital, con muy raras excepciones, quizás por la novedad de sus ideas, le era contraria. Los demás puntos del país, poco versados en las discusiones de la prensa, eran poco menos que indiferentes, y aunque hablaban de la democracia, no tenían idea exacta y precisa de su verdadera esencia. Algunos la confundían con la herejía, y otros con la demagogia. Sólo algunos



hombres de verdadera luz, en todas las provincias, sabían apreciar los trabajos de Rojas.

Después de los mayores desengaños causados en él por la política de aquellos hombres perversos, por ignorancia y puro egoísmo, Rojas se entregó por completo al foro. En los tribunales se hizo más notable y ningún abogado llegó a merecer del público tanta confianza como él; fue siempre el preferido de los litigantes. De ahí lo vino a sacar el movimiento progresista del 7 de julio de 1857. Ya anteriormente el general Santana le había propuesto el Ministerio de Hacienda y Comercio, que Rojas no aceptó, convencido de que sus proyectos de reformas económicas hubieran sido rechazados por la perniciosa camarilla del general Santana, por puro antagonismo. Conocía perfectamente, la guerra que le hacían, y cuánto empeño tenía en desacreditarlo; pero con la situación del 7 de Julio aceptó sin reserva alguna la Vice-Presidencia de la República. Cuando Santana se alzó contra el Gobierno, Rojas y sus demás compañeros se retiraron a los Estados Unidos de Américas. Regresó cuando se promulgó la amnistía, volviendo a consagrarse al foro. Cuando el general Santana anexó a España la República Dominicana, ninguno de los amigos



de Rojas quisieron firmar aquel acto inicuo, pero guardaron la más grande reserva, por las amenazas que muy a tiempo Santana le dirigiera. Rojas, temeroso sin duda de estas amenazas, en los primeros acontecimiento de Sabaneta y Guayubín, el 21 de febrero de 1863, y por un mandato de la autoridad superior, tuvo que acompañar la columna del General José Hungría a Guayubín. Y al estallar el segundo movimiento del 16 de agosto de 1863; Rojas fue requerido por los patriotas para la formación del Gobierno en que fue nombrado Vice-Presidente, y encargado de la dirección general del referido Gobierno. Él estaba verdaderamente llamado, por sus luces, a dirigir con acierto un acontecimiento de tanta importancia, de tanta magnitud y de labor tan eminente.

Este hombre verdaderamente superior, fue hecho como de encargo para una situación tan apremiante como aquélla.

Fue hombre de Estado de primer orden, apóstol de ideas avanzadísimas, de principios democráticos, distinguiéndose notablemente por su honradez y la pureza de sus pensamientos. A él le debe mucho la Restauración dominicana, y ojalá que muchos puedan hacer por la patria tanto como él.



Después de haber establecido la pauta de todos los trámites oficiales, dimitió la Vice-Presidencia del Gobierno, que fue ocupada por su distinguido pariente el ilustre ciudadano Don Ulises F. Espaillat.

A la caída del Gobierno del general Gaspar Polanco, Rojas fue nombrado Presidente del Gobierno, y Luperón Vice-Presidente; pero prefirió la Presidencia de la Convención Nacional; y durante sus trabajos, Luperón ocupó su puesto en la dirección del Gobierno. Cuando la Convención Nacional eligió al general Pedro Antonio Pimentel Presidente de la República, Rojas también fue elegido Vice-Presidente.

Era Rojas hombre de elegante talla, bello rostro, noble en su porte y en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, muy elocuente en los arrebatos de la pasión, rápido en la réplica, fino y digno en la defensas, profundo y brillante en los argumentos, apologista apasionado del sistema parlamentario inglés, cuyas virtudes proclamaba con deslumbradora elocuencia; por lo cual parecía un ciudadano de todos los países y un contemporáneo de todos los tiempos. Siempre practicó las virtudes que predicaba, sin doblar la rodilla ante el poderoso. Fue el sentimiento de la liberta, sin ser esclavo



de ningún tirano. siempre encastillado en la roca de la razón, la verdad era su culto.

Era el tipo más leal y puro de cuanto había de prestigioso y bueno en la sociedad dominicana y no se podía, sin marcado odio y festinación, dejar de rendir homenaje a la fineza y a la honradez de aquel gran ciudadano.

En aquella guerra épica, de titánicos combates y de inmarcesibles gloria, sólo existía para Rojas un hombre que le era insoportable. Creía buenamente que ese hombre era un obstáculo, y lo sufría con dificultad. Ese hombre es el que la Providencia ha querido que sobreviva hasta hoy, para que estas mas trazadas líneas rindan a su venerada memoria el pobre homenaje de su sincera gratitud por los grandes servicios que con tan noble patriotismo prestará a su patria.

Cuando el general Cabral se sublevó en la capital contra el Gobierno del general Pimentel, Rojas como Vice-Presidente del Gobierno, acompañado del Ministro don Teodoro Heneken, llegó a San Carlos, extramuros de la capital, donde fueron detenidos por orden del general Cabral, jefe de la revolución. Allí murieron ambos en el curso de un mes. Es un misterio aún la muerte de aquellos dos notables hombres de Estado. Ha muerto una mujer, llamada María Vicenta, que dijo en 1866 a los generales



Pimentel, Federico García y al que escribe estas líneas, que formaban en aquella época el Gobierno del Triunvirato, que Rojas y Heneken habían sido envenenados por un grupo político de la capital, partidarios del general Cabral. Las pesquisas que se hicieron fueron ineficaces para llegar a la verdad de aquella denuncia; pero el tiempo, que es tan poderoso para no dejar nada oculto, se encargará de descubrir la verdad a las futuras generaciones.

Don Benigno Filomeno de Rojas, aunque era Vice-Presidente de la República, no estaba encargado del poder, y podía defenderse de los cargos y de los agravios que hacía el país al General Pimentel, que fue el único que hirió el derecho de los ciudadanos, a los cuales no podía pedir ni fuerza ni alimento para sostener su Gobierno despótico.

Pero ningún motivo existía para que Rojas fuera mártir de la bastarda ambición de un partido rebajado, perverso y anti-nacional, que amparado de aquel movimiento, viniera a mancillar el con el asesinato de ilustres patricios en la triste soledad del confinamiento, apagando de ese modo la vida a ciudadanos que con gran inteligencia habían defendido el principio de la vida humana, la justicia y la libertad.



Desgraciadamente, cuando se levante un tirano, el pueblo calla, y los hombres dados a la esclavitud le obedecen y ponen toda su voluntad en el crimen, sin temor al juicio del mundo ni al castigo de Dios.

Los crímenes quedan en silencio, porque la voluntad de los más consciente en semejante iniquidad.

Afortunadamente, hay voluntad más grande y más poderosa que la de los tiranos y la de los pueblos cobardes: es la historia.

Ni los tiranos ni los pueblos tienen derecho contra el derecho a la vida.

Cuando contemplamos el espectáculo que presenta la sociedad dominicana, no podemos reprimir un sentimiento de profunda veneración y respeto por los hombres cuyos rasgos biográficos estamos escribiendo. Ellos, armados de su potente patriotismo, se lanzaron con imponderable bravura a la tempestad de la guerra por la patria.

Lo que más nos admira en ellos es el valor y la virtud de que hoy encarece esta sociedad enfermiza sin interés ni abnegación, que no conoce la fecunda virtud del sacrificio. Aquellos hombres no consintieron nunca en bajar la frente ante la injusticias.



Rojas fue legislador y magistrado habilísimo, publicista y estadista de gran mérito, orador incomparable, que supo combatir con gran talento al despotismo. al apagar aquel volcán de ideas generosas, se mutiló en mucho el porvenir de la República.



## Ulises F. Espailat

Inteligente farmaceuta y recomendable médico práctico, ilustre periodista, preclaro ciudadano, brilló con admirable esplendor en las luchas políticas de la patria como brillan las estrellas en el cielo. Benévolo, sólo sabía hacer el bien sin ofender a nadie. Desde muy joven consagró sus esfuerzos a la libertad y al engrandecimiento de su país, no obstante la indiferencia y las dificultades de su época.

Hombre firme y sencillo, se distinguió por su valor, su cordura, su moderación y su honradez en todas las circunstancias desde 1844 hasta su muerte. Como publicista y republicano convencidísimo, tomó gran parte en favor de los sucesos del 7 de julio de 1857; y al caer el Gobierno del general José D. Valverde tuvo que salir emigrado, con varios compañeros, a los Estados Unidos de América, en cuya república estudió la forma y la estructura de aquella poderosa democracia. Poco tiempo después de



haber regresado a su país, realizó el general Santana la torpe y funesta anexión de la República a España: y Espailat, con toda la fuerza de su patriotismo, desaprobó aquel horrible atentado, y estuvo atento al primer grito de libertad y de vida para la República, como cumplía a la austeridad de su carácter.

En la formación del Gobierno del 14 de septiembre de 1863, ocupó el Ministerio de Relaciones Exteriores; y cuando Don Benigno F. de Rojas renunció a la Vice-Presidencia del mismo Gobierno, fue nombrado Espailat para el desempeño de ese cargo, ocupando el mismo puesto en el Gobierno del general Gaspar Polanco. Nunca procuró la venganza, rechazándola siempre con buena intención. Sin aparentar heroísmo, alentaba a los patriotas al combate, y no rehusó ningún sacrificio por la victoria de la patria. Sus esfuerzos se encaminaron siempre a prever y evitar las faltas y las dificultades que muchas veces fueron inevitables y a olvidar los peores días. El Gobierno del general Pimentel, sin motivo, le privó de su libertad con todos sus nobles compañeros; después lo confinaron a los campamentos de Samaná. En su vida pública sufrió muchas e injustas persecuciones del general Santana, de Pimentel y de Báez, sin que diese



pretexto para tales atropellos. Sin dejarse arrastrar por la impaciencia, fue siempre cauto y tuvo completo imperio sobre sí mismo. En el cumplimiento de su deber, era inalterable, y no bastaban ni amenazas ni consejos. Siempre que las circunstancias lo exigía salía de su reserva a hacer causa común con sus co-partidarios, sobre todo cuando veía peligro para ellos, aunque los hechos le fueran completamente adversos.

Sus cartas eran elocuentísimas, e inspiraban elevados sentimientos y elevadas ideas a las jóvenes generaciones. Triste y melancólico, replicaba siempre a los déspotas con estas elocuentes palabras *Jamás arrancaréis a mi conciencia un voto aprobativo para la tiranía.* Moderado por temperamento, liberal y justo, contribuyó poderosamente a consolidar el partido nacional y a consumar la descomposición del partido reaccionario, enemigo de la independencia y de la Nación, ya dado a someter la patria a dominaciones extranjeras. Espaillat era hombre de mérito real, escritor público, pensador profundo, insigne proclamador del dogma de la razón libre y de la autoridad de la inteligencia humana.

Después de tremendas decepciones y de penosos sufrimientos por las continuas revoluciones, fue llevado a la Presidencia de la Repú-



blica por una mayoría espléndida; pero su patria no estaba preparada para tan sublime magistrado, y una revolución sin más principios que la ambición y el desorden lo derrocó del poder.

Sobrio y sufrido, pidió a la Cámara que le rebajara el período de cuatro años de la Presidencia de la República a dos, estando en el poder, y se resistió a firmar sentencias de muerte. Percibía con rapidez las relaciones más ocultas de los grandes principios, y se expresaba con oportunas metáforas, brillantes imágenes e ingeniosas agudeces que parecían chispas eléctricas desprendidas de su espíritu.

Su constancia en los principios era inalterable. Sus inagotables chistes, su esmero en el hogar y la dulzura de su noble trato, hacían de su laboriosa vida uno de los tipos más envidiables de la República. Jamás pretendió imponer sus opiniones a los demás; y cuando vio en su último retiro cargado el cielo de su patria de tremendas tormentas, sintió la desesperación como los antiguos romanos al ver la ruina de la civilización clásica y murió sin vituperar su suerte ni los sucesos; sin negar el progreso ni el poder de la democracia; sin maldecir las audacias de los malhechores de Estado, porque sabía perfectamente que la mano



del tiempo se encarga de destruir el despotismo, así como las brisas alejan y disipan las nubes. En la desgracia; en las horas horribles de la vida pública; cuando la cosecha de los males vienen como aguaceros; cuando el frío del desengaño cae sobre el corazón más fanático; ya en el borde de la muerte; oyendo por último ruido la algarazara de sus enemigos que entraban a ocupar su ciudad, conservó integérrimo su carácter, su personalidad y su alma.

Su ilustre nombre, engrandecido por tan nobles servicios, es inmortal, Su aureola imperecedera, sirve de sublime ejemplo y de radiante luz al pueblo, para inspirar el bien. Como farmaceuta y médico, era Espaillat un segundo Raspail. Por sus conocimientos, templanza y madurez en el gobierno de la nación, fue un segundo Grevy. Honrado, generoso, morigerado y conciliador, consagró su vida entera al culto de la justicia, de la caridad y de la libertad; al amor de la independendencia nacional, de su familia, de sus amigos, del bien público, sin prestarse jamás al desorden ni a las injusticias que merecía, alcanzó los honores de la gratitud de sus numerosos amigos y de la nación.

Un día la historia lo colocará en el puesto más digno entre los distinguidos hombres de



Estado de América, para que sirva de insignia al civismo.

De su inmortalidad se levantará más clara la ley moral, el individuo, la conciencia, la democracia y la libertad. La verdad lució en el santuario de su vida.

Cuando los tiranos convertían la República en hechura de sus caprichos, y la autoridad y la libertad se perseguían con encarnizamiento, vengando los agravios con inauditos horrores; cuando los cobardes callaban los oprobios de la tiranía; cuando esos viles pusilánimes fabricaban arcos de triunfo a los déspotas y a los verdugos, a todos se prosternaban ante los pasos de los malvados, Espaillat, firme en su dignidad y seguro en su conciencia, declaraba que ni los tiranos, ni sus satélites, ni los legisladores, ni los pueblos tienen derecho contra el derecho.

Los amigos que tanto le querían, la familia que tanto lo adoraba, los patriotas y los desgraciados de quienes era consuelo y consejero, saben cuánto ha perdido la patria con su muerte. Esta dignísima figura, compendio de todas las virtudes debe quedar como recuerdo eterno en la memoria nacional.



## Pablo Pujol

Educado en Barcelona, Cataluña, adquirió una brillante erudición. Se dedicó al estudio del comercio, de las letras, de la filosofía y aprendió siete idiomas. Llegó a ser un orador distinguido y hábil. De regreso a su patria fue testigo, durante algún tiempo, de la dureza de la dominación haitiana, a la que no podía sufrir sin a fuerza de prudencia; y cuando el pueblo lanzó el grito contra la opresión, encontró a Pujol preparado. Tomó éste con verdadero entusiasmo parte muy activa en la defensa de la patria, siendo tan desinteresado como valiente y discreto en aquella inolvidable guerra de la independencia.

Empapado en el espíritu de la política nacional en aquellos tiempos de profundas divisiones, como todos los del Cibao, tenía simpatías por Santana. Pujol, sin embargo, se dedicó al comercio, sin tomar parte en las



agitaciones populares. Pero cuando Báez volvió a escalar el poder en 1856 y se declaró imprudentemente enemigo del Cibao y de su comercio, Pujol fue uno de los primeros en el pronunciamiento del 7 de julio 1857, movimiento que se extendió rápidamente por todos los ámbitos del país, contra aquel indigno y mezquino mandatario.

Estaba Pujol, dotado de un temperamento de bronce, con una vivacidad eléctrica que le daba muchísimo prestigio.

Con sus arranques tenía el arte de saber conmover a la nación.

Fue Ministro del progresista gobierno del 7 de Julio de 1857, y como todos sus compañeros, tuvo que alejarse del país a los Estados Unidos, por algún tiempo. Llamado después por el remordimiento del general Santana, volvió a ocuparse de sus negocios mercantiles, indiferente a la política interior. Empero otra sorpresa mayor le esperaba, como también a sus dignos compañeros y al país entero, que estaban muy lejos de suponer que el general Santana, no solamente por puro egoísmo y envidia había derrocado el Gobierno del distinguido general don José D. Valverde, sin también para entregar el país a los españoles. Así, se presentó el 18 de



marzo del 1861, que fue un día doloroso para Pujol y para la viril y siempre heroica provincia de Santiago de los Caballeros, donde por mandato arbitrario del general Santana se alzó el pabellón de Castilla en reemplazo del pabellón nacional. Pujol entonces, impulsado por su patriotismo, auxiliado por la abundancia prodigiosa de su palabra, la claridad de sus pensamientos, la precisión de sus juicios, el nervio de su estilo, el calor de su entonación que daban el mejor relieve a sus discursos, y que herían necesariamente la fantasía del pueblo y despertaban en él, el entusiasmo sincero, dio, junto con sus compañeros, el grito contra el traidor, proclamando la emancipación de la patria. Cayó con otros prisionero, en el movimiento de Febrero de 1862, y muy poco faltó para que lo fusilaran. Gruesas sumas le salvaron la vida. Los atropellos, las crueldades y los asesinatos fueron tantos y tan espantosos por aquel malogrado acontecimiento, tanto en Santiago como en la Línea del Noroeste, que la revolución no se hizo esperar.

Don Pablo ocupó la cartera de Hacienda y comercio en el Gobierno que se instaló el 14 de Septiembre de 1863, y desde luego consagró todas sus facultades al servicio constante de la revolución.



Odiaba don Pablo con implacable odio al General Santana, por su oprobiosa tiranía, y odiaba más aún, si cabe, la dominación española, que tantos males causó a él y a la patria.

Jamás hombre alguno ha luchado con más entereza en un asunto tan grave y con más importancia para su causa. Así como no hay nada que sea tan tímido como los elementos conservadores, es positivo que no hay nada que sea tan audaz como los elementos revolucionarios. Mientras los primeros se desconciertan y se desesperan al menor contratiempo, los revolucionarios viven, crecen y se agrandan desmesuradamente en el seno de las tempestades. Don Pablo, mal avenido con los tiranos, los aborrecía a muerte y no se paraba en los medios para derrocarlos prontamente, y sus conjuraciones alentaban su esperanza; porque creía era un error grave suponer que la tiranía estaba profundamente arraigada en nuestro país, y su política se encaminaba a desarraigarla, a fuerza de asaltos y de golpes.

Decía que la conciencia popular, profundamente herida e indignada, nunca había sancionado los atropellos del tirano; y acrecentaba la fuerza para derribarlos.

Era Pujol más apasionado que razonador, y estaba dotado de una aliento de fragua, de una voz de trueno y de una voluntad imperturbable. Se le encontró siempre pronto a la pelea; era



infatigable en los debates, liberal por carácter, democrático por educación republicano puro, y de convicciones profundas. Con la fuerza de su titánica palabra, se lanzó en la guerra de la restauración como un rayo, con la mayor lealtad y honradez, dispuesto a vencer o a morir por la reivindicación de la patria. De temperamento bilioso y con risa estridente y nerviosa, era el eco de la revolución, representándola con su potente oratoria. Era la audacia viva del pensamiento nacional, y la osadía del ánimo del pueblo.

Impresionable y apasionado, íntegro y entusiasta hasta el extremo, inspiraba siempre los más elevados sentimientos, alentando siempre a los desfallecidos para lanzarlos a la lucha por la justicia, reclamando con ira implacable el castigo de los perjuros.

Era el Gambetta de la República Dominicana, dando extraordinario brillo a la causa de su partido y asaltos formidables al despotismo.

El Gobierno del general Pimentel, que no pudo perdonarle ciertas genialidades, lo redujo a prisión, y a suplicas de Luperón lo confinaron, junto con Espaillat a Samaná. En 1866 fue Ministro de Hacienda y Comercio del Gobierno del general José María Cabral, quien, cuando se vio amenazado por una revolución pujante, que



proclamaba al reaccionario general Buena-ventura Báez, envió al Ministro Pujol a negociar con el Presidente Johnson, de los Estados Unidos de América, la venta o enajenación de la bahía de Samaná. Derrotado el Gobierno de Cabral, antes que Pujol pudiera realizar su encargo, regresó éste a Turks-Islands, donde se unió a la expedición, del vapor Telégrafo, dirigida por Luperón. Se batió en todos los encuentros de la mencionada expedición, con verdadera bravura. Desembarcó en Barahona, cuando Cabral rehusó dar a Luperón la fuerza que le pedía para atacar a Azua y a la Capital de Santo Domingo, y después se portó digno de su nombre y de su espíritu, murió de fiebre en San Juan de la Maguana.

Durante la guerra de la restauración de la República, fue Pujol Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Gobierno del general José Antonio Salcedo, en Washington, cerca del gobierno del presidente Lincoln. Fue siempre leal defensor del partido nacional y constante enemigo del partido reaccionario. La misión que llevó del Gobierno del general Cabral a Washington para negociar o enajenar una parte de la República era una traición a sus principios y a los de su partido, e hizo notable



daño a su ilustre nombre. Su prestigio perdió la aureola de patriota que tenía tan bien conquistada, aunque después vino voluntariamente a luchar con heroísmo por la independencia de la República y de la bahía que había tenido el encargo de vender. Su inesperada y triste muerte fue vivamente sentida por todos sus compañeros y por sus numerosísimos amigos.



## Julián Belisario Curiel

Abogado distinguido, de carácter astuto, incisivo, suspicaz y susceptible; activo y laborioso en sus funciones, político inquieto y extremadamente agitador; orador elocuente en lo recio de las tempestades; lleno de vivacidad; ocupándose de todo y estando en todas partes, era capaz de hacer con prontitud y audacia lo que resolvía los demás.

En la conversación era lucido y ameno, cualquiera que fuera el asunto de que se tratara. Amaba a su patria incondicional y ardentemente. Era leal con sus amigos y consecuente con los principios modernos más avanzados. Con sus inacabables bríos, prestó grandes servicios a su país, ayudado, además de su moralidad pública y privada.

Sirvió en el ejército contra las frecuentes invasiones de Haití, y en la guerra civil del 7 de julio de 1857 alcanzó el grado de coronel, que era muy difícil obtener en aquellos tiempos de



rigidez militar, donde el relajo de los grados militares no podía abrirse paso con ningún favoritismo. Después se retiró del Ejército, entregándose por completo a la carrera civil, donde adquirió fama y notabilidad.

Tomó participación en el movimiento de Febrero de 1863 contra los españoles; fue hecho prisionero y puesto luego en libertad. Oficial de las reservas, se encerró con la columna española en la fortaleza de Santiago, pero al retirarse las tropas españolas para Puerto Plata se pasó a las filas de los libertadores de su patria.

El día 14 de septiembre de 1863, al instalarse el Gobierno, el coronel Julián Belisario Curiel fue nombrado Ministro de la Guerra, debido a la generosidad del general Ricardo Curiel, a quien se le propuso primero, rehusándolo para suplicar que nombraran a su hermano, con el fin de alejar del espíritu público las sospechas que pudieran abrigarse contra él; hecho digno que mereció la aprobación de todos.

Aquel mismo día redactó el manifiesto de la solemne declaración de nuestros derechos.

Belisario Curiel era algo perplejo, perdiéndose con frecuencia en la duda. Formado en medio de las revoluciones, era hombre a



propósito para las conspiraciones, y fue un conspirador perpetuo en todos los accidente políticos. Desconfiaba del desinterés y de la virtud de los demás, y la desconfianza era una enfermedad moral en él. Sin duda nacía esto de los reveses de aquellos agitados tiempos que habían dejado en su espíritu el fruto venenoso de una época desgraciada, en que la vida de la sociedad parecía ser la vida de la persecución. Sin embargo, no pretendió aprovecharse de la política para ejercer venganza. Era gráficamente el movimiento perpetuo de la revolución, con sus investigaciones y su actividad febricitante.

Como Ministro de la Guerra, sin conocer exactamente el arte de una gran revolución andaban muchas veces como saltando en las tinieblas, lo que dificultaba las operaciones de aquella lucha difícil.

Espaciábase en teorías inverosímiles sobre las combinaciones que reclamaba la autoridad de la práctica hábil, y no la incertidumbre.

Tenía gran ambición y estrechos horizontes; mucha imaginación, pero pocas ideas, y estuvo siempre resuelto a la acción, pero ignorando qué hacer en los instantes supremos. Pagado de sus opiniones, se conformaba con una política imposible, con ánimo de obtener cierto renombre.



Como abogado era capaz de sostener con igual serenidad el pro y el contra, brillando más que en los demás, en los asuntos criminales.

Ansioso de emociones, le enfadaba el reposo que contrariaba su espíritu esencialmente agitador, siendo más un hombre de expedientes que de Estado.

El improvisador Gobierno del general Pimentel obedeciendo a enojos particulares, redujo a prisión al general Curiel. Después fue Ministro del Gobierno del Triunvirato, donde prestó interesantes servicios, junto con el mismo general Pimentel, que antes había acusado al general Curiel de conspirador.

Era difícil conocer su carácter íntimo en su expresión más alta; pero jamás dio un mal ejemplo de desorden y siempre fue amigo del pueblo y de la libertad.

Muchos lo acusaban de que tenía la manía de buscar los destinos para los hombres, y no los hombres para los destinos. Que solía pagar un favor personal con un puesto importante, y que los favorecidos sólo se ocupaban del lustre y el lucro, más que del trabajo y de la justicia, comprometiendo muchas veces los grandes intereses, próximos siempre a graves peligros. Es cierto que hubo algo de eso, pero son tan



raros los hombres de Estado que llegan al poder y no se hacen los patrocinadores de sus amigos, que hoy, puede decirse, ésa es la manía y la falta de la mayoría de los hombres de Estado.

En el Gobierno de los seis años, del general Báez, fue prisionero y expatriado. Acompañó a Luperón en la expedición del *Telégrafo*, se batió con bravura, distinguiéndose como sufrido y constante. Desembarcó en Barahona, cayó prisionero en las Matas de Farfán, y junto con otros patriotas fue fusilado por orden de Báez, en Azua, porque en aquel tiempo tenía Báez el delirio de la crueldad; y más atroz que Rosas en Buenos Aires, sólo bebía sangre; llegando a tal exceso la ferocidad de su gobierno, que los prisioneros políticos eran fusilados sin formación de juicio.

La maldita sed de sangre era el menguado consejero de Báez.

El general Curiel, descendiente de Curazao, carecía de reserva, era un tanto malicioso, alegre y bromista; concebía con prontitud una idea y la comunicaba a todos con vehemencia, interesando más a la imaginación que al raciocinio, aunque la expresaba sin la menor violencia, dada su esmerada cultura.

El Partido Demócrata lo recuerda siempre, lo mismo que a don Pablo Pujol, si olvidar la desgraciada suerte que a ambos cupo ni sus



importantes servicios. No se sabe dónde reposan sus venerables cenizas, pero tienen el panteón de la gratitud de sus amigos y de la gloria nacional, que ningún tirano podrá destruir jamás; panteón que no perderá nunca su mérito, porque representa el valor, la ardiente fe y el patriotismo de las generaciones. Época era aquélla en que las manos trémulas se fortalecían en la defensa de los sagrados derechos de patria, conservando a ésta su carácter, su personalidad y su alma, sin detenerse por la multitud de obstáculos que se le presentaban, dejando siempre aquellos hombres el premio de su trabajo a la satisfacción profundísima de la propia conciencia y a los fallos inapelables de la historia, esa poderosa luz de imperecedera vida. Las generaciones venideras meditarán sobre la cruel agonía de tantos héroes que prefirieron acabar su vida gloriosamente en el bárbaro suplicio por la independencia y la libertad de la patria, a ser esbirros de un tirano. Y cuando las calamidades que pesan sobre la patria puedan herir el corazón y el sentimiento de los ciudadanos, en cuyas manos está la suerte de aquélla, pensarán con madurez en las desgracias que se pueden evitar y en las glorias que se pueden adquirir.



## Pedro Francisco Bonó

Ciudadano respetable, muy instruido y de meritorios antecedentes, implacable enemigo del mal proceder, sinceramente apasionado por la justicia, la libertad y la democracia. Hombre íntegro, de escuela práctica y seria, de carácter severo y rígido, sobrio en sus maneras, estoico en su vida; intransigente en sus opiniones, firme en sus propósitos; perseverante en los principios; de valerosa entereza; de larguísima servicios. Amante del aislamiento proveniente del juicio desfavorable que hubo formado de las cosas públicas de su país; competente en medicina práctica; concienzudo legislador; magistrado grave y profundo; hábil político y leal hombre de Estado; anheloso de sentir su corazón, desfallecido por las veleidades políticas, las palpitaciones de nuevas esperanzas favorables a la patria. De temperamento capaz de concebir las mejores ideas y de cumplir con su deber, sirvió como secretario del ilustre y



benemérito general Juan Luis Francisco Bidó, caudillo en la guerra de independencia contra Haití, que dirigió y ganó la batalla de Sabana Larga en 1856.

Hombre puramente liberal, tomó una parte muy activa en los acontecimientos del 7 de Julio de 1857; y cuando el general Santana tramó la conjuración contra el presidente don José D. Valverde y puso su fangoso pié sobre el armiño de la soberanía nacional, derrocando aquel Gobierno, don Pedro F. Bonó fue uno de los tantos que se alejaron del país, para evitar las persecuciones del tirano. Se dirigió a los Estados Unidos del Norte, y acompañado de Espaillat y sus nobles compañeros, se ocupó de estudiar con la mayor observación aquella poderosa democracia que tanto asombra al mundo; y como la historia, a semejanza de la Providencia, no deja perder nada bueno, aquellos hombres, llenos de odio a la tiranía y de amor a la libertad, trataron de llevar a su patria aquel sistema de gobierno; adquirieron ideas profundísima y las expresaron en formas perfectas que resplandecieron como estrellas fijas en el camino del renacimiento político de su pueblo.

Cuando el tirano proclamó la amnistía, volvieron a su patria, con la esperanza en el porvenir.



Cuando estalló la revolución del 1863, como ésta halló a aquellos ilustres ciudadanos bien preparados, Bonó herido profundamente por la anexión española, lleno de patriotismo, fue uno de los manifestantes más ardientes y decididos contra aquel hecho humillante. Y cuando la República resucitó y levantó la frente, teñida de sangre, pero rugiendo de bravura, Bonó corrió a su puesto y fue uno de aquellos celosos ministros de la titánica y memorable defensa nacional. Confiadísimo en la justicia de esta causa sirvió con entusiasmo, inteligencia y valor.

Doctrinario antiguo del derecho de los pueblos firmes, inflexibles y resuelto, jamás se le vio cejar ante crisis ni ante los peligros, por graves que fuesen, sabiendo mantener con toda dignidad los derechos de sus funciones en medio de aquella acumulación de extrañas circunstancias; y cuando apareció el Gobierno del general Pimentel, se alejó de la lucha como incapaz de abrigar hostiles sentimientos contra sus ilustres compañeros, reducidos a prisión por Pimentel. En el Gobierno de Cabral aceptó un Ministerio, llevando los asuntos de su cargo al terreno positivo de la conciencia política y no al terreno de los hechos rutinarios.



Publicista inteligente y hábil, ha defendido siempre los derechos del hombre, los verdaderos intereses de la patria, los de la sociedad, los de la civilización y conciencia, sin apartarse de las leyes ante los altares de la justicia. Él ha viajado por Europa para rendirse exacta cuenta de su progreso, con cuyo estudio ha madurado mucho más sus ideas filosóficas.

El partido demócrata lo ha propuesto como candidato a la Presidencia de la República varias veces, pero él ha declinado la honra que han querido concederle. Después de largas persecuciones injustificables del Gobierno de Báez, y de un largo alejamiento de los negocios políticos, aceptó del Gobierno del ilustre Espailat, el encargo de Inspector General de agricultura de la rica provincia de la Vega, al mismo tiempo que rehusaba un Ministerio, lo que habla muy alto en favor de su modestia y de su noble empeño por el progreso de la comarca de su residencia.

Han querido algunos destruir su reputación de hombre progresista, condenándolo como al que inapelablemente rechaza los modernos progresos, sin duda porque no se han penetrado del espíritu de sus escritos, ni de la mente de sus propósitos.



Desde la caída del Gobierno de Espaillat, permanece retraído, y mucho más desde que la espantosa y depravada oligarquía del pernicioso Gobierno de Heureaux, abandonando todos los principios racionales, campea como salvaje, estropeando todos los derechos, ensangrentando los pueblos, avasallando y arruinando la nación, precipitando la República en los mayores peligros, para aumentar la personal fortuna del miserable Presidente. En época tan siniestra, sin más voz que el vociferar de los esbirros, Bonó, lleno de hondos presentimientos de una desgracia inevitable, con la conciencia profundamente herida e indignada, no ha sancionado los atropellos ni las violaciones del usurpador, como respetable, conciudadano y benemérito patriota que es, y continúa mucho más alejado del tumulto de tantos desórdenes públicos y administrativo hasta que llegue el día supremo para esta crisis social; y no hay protesta más significativa contra el despotismo, que el silencio de tales hombres.

Este gran ciudadano es el Charllemele Lacour de la República Dominicana. Hoy se escuda tras el mas sagrado de los derechos, el derecho del silencio. Pero la tiranía es una red por cuyas mallas se escapa siempre la libertad



como el aire. Bonó no puede escribir hoy, y lo que no puede decirse en la prensa, amordazada, ni en la tribuna, oprimida, se dice privadamente. Cuando las conciencias se transforman de esta radical tiranía, un cambio poderoso se verificará en todos los patriotas, y la patria se levantará radiante de elocuencia y de valor para revivir todos los ánimos y reivindicar los derechos.

Hay que esperarlo así, porque la Providencia no ha hecho los pueblos para ser esclavos sino para ser libres, y estos buscan la libertad como los ríos el nivel.

Antes de terminar esta breve y desaliñada biografía, quiero recordar las palabras que dijo don Pedro Bonó a uno de sus amigos durante el Gobierno opresor de Báez en la época del terror de los seis años terribles:

*Confiad en la libertad, en el pueblo y en la Providencia, y esperad el castigo del tirano.* Su predicción se cumplió.

Es Bonó filósofo profundo, capaz de leer hasta en el fondo de las humanas intenciones y de abrazar en su fecunda mente las diversas ramas del saber humano. Es opuesto a las arbitrariedades como a lo artificial, y les corrige con enérgicos rasgos de su brillante pluma, condenando al mismo tiempo la política de



expediente para inspirar la justa esperanza de la victoria del derecho; y lucirá un día ese triunfo, porque no hay nada tan sencillo ni fecundo como reivindicar y conservar la libertad, cuando se contempla atentamente la vida de tales hombres.



## Máximo Grullón

Hombre íntegro y de conciencia pura, conciso en su palabra, sobrio en su estilo, mesurado en sus términos, grave en su aporte y honrado en todas sus acciones, afectuoso, correcto, delicado en sus maneras, atento y puntual, y lleno de firmeza en los combates, era un defensor decidido de la justicia.

Es una verdad inconcusa que el carácter de las naciones está fundado sobre el de los individuos que la componen; y jamás podrá distinguirse una nación por su moralidad y por su consagración al bien cuando sus ciudadanos, individual y colectivamente, no posean iguales cualidades.

En las luchas de la independencia y de la restauración, teníamos patria porque la nación tenía grandes patriotas y honrados ciudadanos que con inteligencia, valor y honradez, sabían conquistarle su independencia. Hoy la nación ha perdido principios y sentimientos sin los que



la libertad desaparece. Hoy el amor a la patria se carga en el fondo del bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el fondo del corazón. Muy pocos piensan actualmente en el porvenir, y parece que creen que la tiranía que lo humilla y avasalla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor a venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus vicios y los inteligentes, la menguada satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone a cualquiera otra consideración. El fraude en todos los negocios es regla, en vez de ser la excepción. En política se engañan los uno a los otros, sin que ninguno tenga el valor de protestar contra la infamia. Al contemplar esta vergonzosa situación, es cuando podemos apreciar mejor la grandeza de los hombres cuyos principales rasgos venimos refiriendo. Como don Máximo, todos sus compañeros tenían conciencia y patriotismo.

Era don Máximo consecuente con los amigos y tolerante con las ideas de los demás.

Las ideas de democracia y libertad, que tan profundamente residían en él, tuvieron su manifestación el 7 de julio de 1857, donde



brillaron, trasformando la República, dando calor de vida a todos los ciudadanos. Sin el prestigio del genio, tenía la habilidad del político honrado.

Convencido plenamente de que ningún pueblo honrado pierde su libertad sin con su vida, luchó con vigor por la legalidad, ayudando a extinguir la indiferencia por el mejoramiento, y a borrar con empeño la perversión que dejan siempre en las masas los tiranos.

El sufrimiento y la energía templaron el alma de ese noble ciudadano, y en medio del ruido de las bayonetas y del estruendo del cañón, se reconocía su bravura en favor de la independencia de su patria.

En la guerra de la independencia contra Haití se distinguió don Máximo como valiente oficial de caballería, y prestó buenos servicios en la primera República.

Después se disgustó con el general Santana, por la traición que éste hizo al Gobierno del general don José D. Valverde.

Al verificarse la anexión a España, don Máximo, como todos sus amigos, se afiliaron en las líneas de la oposición. Prisionero con varios en el acontecimiento de febrero, fue condenado a durísima prisión.



El día de la batalla del fuerte, estaba retenido en la fortaleza este hombre intrépido: y cuando más recio y terrible era el combate, despreciando aquella espantosa granizada de balas, saltó heroicamente las trincheras y se pasó a los patriotas. *Prefero morir, dijo, a permanecer prisionero de los opresores. Que desaparezca la ciudad: pero que se salve la patria!* El que escribe esta breve biografía mandaba, aquel día de eterna gloria, la línea por donde se pasó don Máximo, y sabe lo peligroso y difícil que era en aquel momento supremo entrar a la fortaleza, o salir de ella; y no ha podido borrar jamás de su mente aquel heroico rasgo.

Consagrado don Máximo, desde aquel momento, al servicio de la patria, aceptó el Ministerio de lo Interior del Gobierno del 14 de septiembre de 1863.

Jamás se separó de su partido ni de sus amigos. Bajo el peso de la oprobiosa tiranía de Báez, sufrió muchas persecuciones, sin perder jamás su valor ni su firmeza. Después se lanzó con toda su fuerza en la evolución contra González, quien se apartó del camino trazado por la ley.

En la última administración de Báez, junto con el benemérito general Benito Monción,



inició en Dajabón la lucha, y después de larga y heroica labor, murió desterrado en Cap Haitien.

Dos años después de su sentida e irreparable muerte, su respetable familia trasladó sus veneradas cenizas a Santiago.

Concentrado en su patriotismo y en su lealtad, los azares de la tormenta de la vida pública no lograron disminuir su entereza ni separarlo del sagrado cumplimiento de sus deberes.

Era Grullón de talla regular, ancho de espaldas, de fuerte y vigorosa constitución. Sus facciones eran correctas, pobladas las cejas; tenía mirada penetrante, voz dulce y atractiva, y todo él, notable por su delicadeza. Fue gran patriota, honrado comerciante, político hábil, leal amigo y excelente padre de familia. Su naturalidad constituía el tipo más perfecto del tradicional carácter dominicano. A una aparente indolencia, reunía en determinados momentos la vivacidad, sin separarse jamás de la moderación. Sus consejos fueron siempre de gran peso, inspirado en la más exquisita experiencia. Sus palabras, dichas siempre con sentimiento y fervor, despertaban en las crisis, exaltación febril, por la confianza que inspiraba este hombre bueno. Con la calma en el ánimo y la



razón en el discurso, con una aspiración tenaz e incontrastable al bien público, fue una figura digna de ser respetada.



## Alfredo Deetjen

Distinguido comerciante, apreciable caballero, patriota honrado, excelente y leal amigo, afable padre de familia y modelo de ternura; cariñoso y atento, noble y generoso con todos, tal era este hombre notable, antes que las revueltas políticas de la República Dominicana lo revelaran como hombre público.

Franco y correcto en sus relaciones, amante del progreso y de la libertad, ayudó cuanto pudo en la santa causa de la independencia nacional contra Haití; pero el hecho de haber nacido en Cap Haitien, no le permitió demostrar todo el afecto que tenía por su patria adoptiva: ello no obstante tomó una parte muy importante en favor de los sucesos del memorable 7 de julio de 1857.

Cuando Santana, tan inconscientemente consumió la malhadada anexión de la República Dominicana a España, en 1861, las circunstancias cambiaron. Creyó Deetjen que su deber



era propagar por todas partes ideas revolucionarias, y su expresiva y elocuente palabra fue su arma poderosa para minar el baluarte de la dominación. Influyente en los campos por el poder de su importante casa de comercio, y en los pueblos por su fineza, explicaba a todos lo horrible de aquella usurpación, y la tremenda perspectiva que tenía delante el hijo del país, enseñando a los pueblos que para alcanzar el don precioso de la independencia, no debían escatimarse sacrificios; que había la suprema necesidad de luchar con bravura para reconquistar la libertad.

Su heroísmo improvisaba soluciones brillantes, como que brotaban de lo más hondo del patriotismo. Les recordaba con vehemente pasión la constancia de los holandeses, la tenacidad de los suizos y el sublime heroísmo de los mismos españoles para reconquistar su independencia nacional. Les repetía que aunque no tuvieran la seguridad de ganar la victoria, debían lanzarse al combate por la patria, porque el triunfo en la lucha de los valientes, queda siempre en favor de los que defienden la libertad. Los forzaba a que levantaran la conciencia nacional, tan alta como la salvación de la patria lo exigía; que emplearan la prodigiosa



palanca de la voluntad individual para conseguir anhelados fines y aquellas ardientes palabras eran efluvios de fuego.

Prisionero de los españoles, que no podía perdonar tanta osadía, en el acontecimiento de febrero de 1862; condenado a penosísima prisión y salvado como sus valeroso y nobles compañeros, a fuerza de dinero; tan pronto como asomó el segundo movimiento del 16 de agosto de 1863, se incorporó a la revolución, y con verdadera entereza de hombre inteligente y resuelto fue uno de los distinguidos ministros que constituyeron el Gobierno de 13 de septiembre de 1863. Durante aquella guerra titánica, prestó eminentes servicios. Después sonó el clarín fatal de las reyertas civiles; en medio de tantas desgracias, y a pesar de implacables persecuciones y de innumerables sufrimientos, jamás vaciló, siempre se le ha encontrado firme en los principios democráticos, leal a sus compañeros y amigos, y consecuente con su partido, inmutable en los peligros y en las grandes dificultades.

Deetjen ha luchado, con vigor y tesón por la libertad y por la patria como los náufragos con las olas, sin doblegarse por la impetuosidad del torrente de la tiranía. Él ha combatido



siempre las tendencias perversas que arrastran a su perdición las santas instituciones de la República, sosteniendo sus ideas con toda la virilidad de su carácter y con el resplandor de su prestigio. Él ha pedido cuenta estrecha a los tiranos de la libertad perdida y de los derechos conculcados, y de ahí nace su grande influencia en las grandes crisis. El ha desempeñado desde la Presidencia Provisional de la República, hasta la Presidencia de la Cámara Legislativa, importantes puestos públicos, con completa dignidad.

Con ánimo levantado ha sustentado siempre sus nobles pensamientos, lanzando juicios fulminantes contra los malos. Con una reputación en toda la isla, haciéndose digno de la confianza y de la estimación general.

Por más implacable que contra él hayan sido sus enemigos, ninguno podrá borrar sus nobles servicios ni amenguar sus glorias, y podemos asegurar que jamás ha conocido las acres satisfacciones de la venganza. Anciano hoy, sin siniestros sentimientos de odio, no se ha apagado en su corazón el amor a la patria, a las libertades, al honor y al deber.



## Epílogo

Otros buenos y respetables ciudadanos formaron parte de los gobiernos de la Restauración, como don Roberto Senoir, don Sebastián Valverde, el general Genaro Perpiñán, el general Bartolo Mejía los patriotas generales don Pedro Prudhomme Panelou Prudhomme, don Vicente Morel, don Segundo Peralta, don Teodoro Henecken, los generales Pedro Gregorio Martínez, Federico García, don José Glas y el joven poeta y general Manuel Rodríguez Objío. Este ardiente patriota, con el sentimiento y el delirante entusiasmo de un poeta esclarecido, conmovido por los asombrosos relámpagos de la guerra nacional, salió de Caracas con el ilustre general don Juan Pablo Duarte, el distinguido hermano de éste, don Celestino Duarte, el anciano y noble tío de ambos, general don Mariano Diez, y llegaron a Santiago de los Caballeros. Al contemplar las ruinas de aquella ciudad varonil, abarcó en su



alma grande y levantada cantó la magnífica abnegación de aquella ciudad inmortal. Su numen poético se despertó para cantar las hazañas inmarcesibles de la patria, con bien sentidos acentos. Su amor a su país y a la libertad le llevo a todas partes. No le gustaba la quietud; que había nacido para el movimiento.

Su musa era la democracia; por ella se batió con entusiasmo. Como para Espronceda, para Objío lo primero era la libertad de su país.

Con su mirada de águila profundizó las pasmosas agitaciones de los hombres de aquella época, y ansioso de servir a su patria, le prestó importantísimo servicios. La buena voluntad y la verdad lucían en su trato. Objío era un conjunto de excelentes condiciones.

Fue Ministro del Gobierno del general Gaspar Polanco y Secretario de Luperón; después, Ministro del Triunvirato. Acompañó a Luperón en varias campañas, probó las amarguras del ostracismo, se incorporó a la expedición de Luperón en la Línea del Norte contra Báez, y este funesto mandatario, que sin razón había puesto toda su voluntad en el despotismo, en los crímenes y en la crueldad, sin temor al Juicio de los hombres ni al castigo de Dios; que desgarraba las leyes y promulgaba sus caprichos:



Báez, verdugo de los libertadores de la patria, fusiló a Objío, cuya lira había fatigado el despotismo de aquel sombrío caudillo.

Este joven desgraciado era una hermosísima esperanza.....

Otro buen patriota y distinguido ciudadano formó parte del gobierno del general Gaspar Polanco: Don Rafael María Leyba. Era modelo de orden y de economía en la Hacienda; fue muy consecuente con sus amigos y ardiente patriota que deseaba ver libre la patria; pero no era político. Sufrió una prisión injusta durante el gobierno del general Pimentel, sin ser enemigo de ningún partido.

Hemos trazado ligeramente las biografías de los hombres que constituyeron el gobierno del 14 de septiembre de 1863. Se sabrá por ellas quiénes fueron aquellos hombres que salidos de hondos calabozos, agrupados sobre montones de escombros humeantes todavía, con el corazón palpitante de amargura, pero henchido de entusiasmo, presa su alma de febril delirio por la libertad, viendo ensangrentado el suelo por el verdugo dominador, incendiadas sus más ricas ciudades, desolados sus campos, amenazados de exterminio todos sus compatriotas, destrozadas en mil pedazos todas las leyes de la conmi-



seración, y desgarradas las familias, sin más hogar que el que les brindaba la clemencia de los bondadoso campesinos, reconstituyeron la nacionalidad.

Tenía aquellos hombres la incontrastable fuerza que se necesita en las grandes circunstancias anormales.

Su política era franca, su diplomacia correcta. Parecían esos hombres el eco de los tumultos y eran la encarnación de maduras experiencias, llegando a tiempo para ayudar poderosamente a destruir aquella durísima dominación. Conocedores de la ciencia sociales y económicas, sabían dominar la impaciencia y las crisis. Abarcaban en su basta mente los diversos ramos del gobierno, por el conocimiento de la naturaleza de las cosas y de la sociedad. Y como nada adelanta la política en contrariar las leyes de la sociedad lejos de ir contra ellas, sentía la necesidad de marchar con ellas, porque la libertad es como el océano, que parece infinito, pero tiene sus límites. Aunque los pueblos latinos van luego a buscar en un momento la muerte por la libertad, más que a consagrar a la libertad toda su vida, como si llevara en sus entrañas el funesto germen de su destrucción y en su espíritu la locura de impaciencia, aquellos



hombres tenían el heroísmo que improvisa las soluciones más brillantes, con la calma que ayuda a dirigir los pueblos en las obras más difíciles, como lo son siempre las guerras nacionales. Y nada les faltó por hacer en aquella guerra gigantesca.



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



## BIOGRAFIA

### Gregorio Luperón

LUPERON, Gregorio. De Puerto Plata. Nació el 8 de septiembre de 1839. Con todas las desventajas sociales de nacimiento y falta de protección económica, dio los primeros pasos de la vida sin señales aparentes de estar destinado a jugar un notable papel en las luchas forjadoras de la integridad de la patria. Niñez pasada en la calle, por necesidad inevitable de ayudar a su madre que le dedicaba a vender piñonates en una bandeja, como prolongación del negocio de ventorrillo con que ella sostenía su numerosa prole. Se llamaba Nicolasa Duperón. Mujer vigorosa, dueña de sí, que imponía a los hijos la virtud del trabajo. Los recuerdos amorosos del hijo, cuando se asentó en el plano de la gloria, fueron para ella y para Don Pedro Eduardo Dubocq, el hombre que tuvo mirada sagaz y nobleza de sentimiento para adivinar la clase de espíritu que alentaba en el



adolescente Gregorio Luperón, y ponerle, algo inconscientemente desde luego, en el sendero conducente a su alto destino. La costumbre social de la época, Primera República, rechazaba en las relaciones personales la subordinación de los hombres a jóvenes imberbes; sin embargo Gregorio, cuando apenas tenía catorce años recibió de Don Pedro el encargo de dirigir los trabajos de corte de madera en Jamao, y desempeñó su cometido con entera formalidad. Los primeros contactos con la vida le obligaron a tomarla en serio prematuramente; mas ello no era una postura forzosa, pues estaba dotado de una poderosa fuerza de carácter que se correspondía con dicho estado. La casa de campo de Jamao, como de hombre pasado por el crisol de un ambiente de apreciable civilización, poseía algo no común, que era una biblioteca con variedad de buenas obras. Fue un hallazgo para el nuevo huésped, que había tenido pocos libros en sus manos, aunque los anhelaba, como un reclamo más de la curiosidad espiritual que le impulsara a sustraerle tiempo al trabajo de la calle para ir en determinado instante a la escuela de un maestro inglés a tomar lecciones hasta aprender a leer. Las lecturas de Jamao le prendieron en el espíritu la



luz del ideal, lo único que le hacía falta al torrente de energías concurrentes en su ser y necesitado de pauta para desarrollarse hacia una alta finalidad. Con ese recurso, pues, ya estaba hecho para triunfar en la vida, en el sentido más noble. Ahora todo estaba en él, o dependía de él. Salido de Jamao tanteó diversas actividades para asentarse firmemente, pero pasaba de una en otra con gesto de inconformidad y rebeldía. Tenía veintidós años cuando sucedió el eclipse de la soberanía, por el acto de la reincorporación a España el 18 de marzo de 1861.

Era un paso dado por la gente de autoridad política e intelectual en el país, y de primera intención el joven Luperón no comprendía el alcance de dicho cambio. Anduvo el tiempo, no mucho, y ante un nuevo estado de cosas inesperado surgió la protesta como natural movimiento de reacción contra la fuerza sojuzgadora, que le estorbaba al pueblo vivir la modalidad de su vida. Acaso nadie tomó más en serio en toda la comarca puertoplateña el sentimiento de protesta que Luperón. Hallaba su espíritu en esa cuestión patriótica la actividad apropiada a la ley de su desenvolvimiento, y se ponía en acción echándose a cuestras atrevida-



mente el peso de una empresa para la cual carecía por entero de credenciales.

Arrestado un día por haber propinado unos palos a quien habló mal de los dominicanos, se fugó, corriendo por las calles de la población a la luz del día, tras de golpear y aturdir al centinela que custodiaba la puerta de la Comandancia. A los pocos días se embarcaba por Haití para Norteamérica. Puesto en el camino de las responsabilidades, no tuvo las vacilaciones y desmayos del inexperto, sino que se sintió orgullosamente comprometido con una causa grandiosa en la cual ponía a contribución su vida entera, desafiando todos los peligros y menospreciando el dolor de todos los sacrificios. El ideal nacido de las buenas lecturas poníale a fermentar la más generosa porción del alma, creándole el incentivo de la atención de la gloria. Todavía no tenía nombre, y se estaba moviendo solo, con más pretensión de hacer que recursos para ello. Siguió adelante, y tras no pocos tropiezos volvió de incógnito al territorio, desembarcando por Monte Cristi. Pasó a Sabaneta, y tomó parte en el pronunciamiento del lugar el mes de Febrero de 1863; pero el resultado fue tener que ir a juntarse con las partidas dispersas por los campos de Guayubín y las lomas de la



frontera. Desplegó los mayores esfuerzos por extender el espíritu de rebelión, mas quedó tan desamparado, que si no abandona la comarca, para él desconocida, es apresado por los españoles. Enteramente solo pasó por Puerto Plata, donde ninguno de sus compueblanos le tomaba en cuenta todavía, yendo a parar a La Vega. Fue allí, aunque oculto, un apasionado fomentador del espíritu revolucionario. Sitiada Santiago después de lo de Capotillo el 16 de agosto, corrió a reclamar su puesto en el escenario de aquella plaza. Se le dio la jefatura de un cantón, y acto seguido pasó a figurar en el cuerpo de Generales, siendo el más nuevo y de menos credenciales, pero de más definido perfil entre todos. Teníasele en cuenta para combinaciones y operaciones de guerra, y cuando no, o se adelantaba a proponerlas, o intervenía en ellas por derecho de patriotismo, según lo entendía y hacia respetar. Desde ese punto de vista era un indisciplinado a quien nadie le podía poner coto, por su extraordinario poder sugestionador. Como no era un ambicioso de mando sino de gloria, anteponiendo la honra de la patria, aparecía revestido de una autoridad moral escasísima en los demás. Su concepto acerca de los sagrados intereses allí defendidos le



ponía por encima de los compañeros, contando con otros recursos que le creaban natural preeminencia, aparte de que en cuanto al valor en la pelea era insuperado. La acción del día 6 de septiembre puso de manifiesto en todo el campo revolucionario la calidad del nombrado General Luperón, siendo principio del calificativo de *valor fabuloso* que más tarde se unió a su nombre cuantas veces se aludía a ese aspecto de su personalidad. Pero se echó también de ver algo o más, y fue la mágica virtud de su espíritu para trocar el desaliento de la derrota en firmeza de reacción y convencimiento de la responsabilidad de la hora. En lo adelante no se vio en la guerra más esforzado adalid, lo mismo en la acción que en el empeño cívico de mantener en alto e incorruptibles los intereses de la patria, tan viciosa mente mezclados entonces con los particulares y de grupos. Aunque persiguió a los españoles que abandonaron la plaza el día 13 de septiembre volvió seguido a Santiago, donde se instalaría el Gobierno y se tomarían las más urgentes providencias exigidas por la organización de la lucha. Puerto Plata su lugar, donde estaban fortificados los españoles y había oportunidad de un largo y serio combatir, no le interesó, considerando lo reducido del escenario



para la amplitud de sus aspiraciones. Instalado el Primer Gobierno el día catorce, obtuvo lo que deseaba, ser nombrado Jefe Superior de Operaciones en la Provincia de Santo Domingo, para enfrentársele al grueso del Ejército Español, comandado por el primer hombre de armas: Pedro Santana. Como se vislumbraba la amenaza de aquella fuerza poderosa para la causa nacional, poniendo dudas en el triunfo de la revolución, un espíritu atrevido, acerado, capaz de reaccionar sin vacilación contra los golpes de la adversidad, semejante al de Luperón, era lo reclamado por la gravedad del momento.

Con un puñado de hombres pasó a La Vega y se detuvo allí el tiempo indispensable para aplastar brotes de reacción, que de haber prendido, franqueaban la travesía de la Cordillera Central a Pedro Santana. Cuando llegó a Monte Plata le acompañaban unos trescientos hombres, primera fuerza del Cibao llegada a ese vasto escenario, donde se ventilarían las más crudas disputas de predominio entre dos fuerzas desiguales: la una poderosa, con las ventajas de armamentos y disciplina; y la obra débil o inferior, aunque no falta de hombres, desprovista de recursos de guerra, pero poseída de un alto espíritu de sacrificio y heroísmo, apto



para sobreponerse a los mayores obstáculos e ir a la conquista del triunfo. Del Jefe superior al último soldado patriota, tal disposición de ánimo era una sola, con la circunstancia de que el primero, por don natural, mantenía vivo en los demás aquella postura. Dinámico, impertérrito, osado, no se contenía ante la superioridad del enemigo, y le peleaba o hacía atacar día y noche, haciendo ejecutar a los demás lo que constituía su modalidad personal en la guerra. Fue un teatro de entrenamiento para el soldado, que acabó por adquirir pericia, atreviéndose, pasado los primeros difíciles meses de la campaña, batirse a campo raso, obligado a evolucionar con acierto frente al enemigo. Lo que fue en el dominicano etapa progresiva de vigorización moral y aprendizaje, representó las fases del debilitamiento español: primero en las lomas, luego en los bosques, y finalmente en las sabanas. Cuando Luperón dejó aquel campo, ya la fuerza poderosa del principio de la campaña había venido a menos y perdido la condición de incontrastable. Por indisciplinado se le separaba del mando, y sin embargo, a esa indisciplina, de él al Gobierno de Santiago, mas no respecto a sus subordinados en el campo de la guerra, se debía la creciente acción triunfante de los pa-



triotas. Las operaciones se desarrollaban según su apreciación y no conforme a las órdenes recibidas, enderezadas las más a imponerle cautela, de modo de arriesgar lo menos posible las fuerzas dominicanas. Su punto de vista a este respecto era que *para tropas indisciplinadas toda retirada equivale a una derrota*.

Malquisto con los superiores, no hallaron, con todo, motivo para aplicarle otro castigo que un confinamiento. No dejaban de admirarle y respetarle, reconociendo un excelente patriota indispensable para la campaña. Tal predicamento se lo granjeaba su perenne actitud de abnegación en los reclamos del patriotismo, manifestándose así en notorio contraste con la inmensa mayoría de los dominicanos. Vuelto a Santiago siguió siendo el mismo, y no hubo desacertado paso en el cual no interviniese a título de patriota, que ponía o exigía poner por encima de todas las credenciales meritorias. De las luchas personalistas desarrolladas por esos días, fines del 64 y principio del 65, no fue partícipe; y sólo por tratarse de un cuerpo impersonal, en el sentido político, como lo fue la Junta Gubernativa instituida en ocasión del derrocamiento del presidente Gaspar Polanco,



aceptó el cargo de Vicepresidente de dicho cuerpo, presidido por Benigno Filomeno de Rojas.

Hay constancia de que su presencia en el seno de esa Junta, y luego en la Convención, estorbó que se realizaran actos brutales y de tiranía por parte de Pedro Antonio Pimentel.

Termina la guerra y se conquista la libertad.

El pueblo vuelve a disfrutar de la condición que perdiera por renuncia equivocada. Es el mes de julio de 1865. Hecho un balance de personajes surgidos de la jornada libertadora, se ofrece la ocasión de establecer valores relativos. Hombres nuevos se mueven en el escenario de la vida pública.

Como patriotas que acaban de realizar su y obra, no parecen tener conciencia de la honra conquistada, y en el ejercicio de la libertad se mostraban poco dignos de ella, según eran de impacientes en el aspirar y de torpes en el empleo de medios para tales fines. Muy pocos sobreponían la gloria de patriotas a las mezquindades de la política. En medio de la misma campaña restauradora había asomado esa morbosa tendencia.

Entre los pocos personajes que formaban la excepción estaba Gregorio Luperón, pero no gregariamente, junto a los otros, sino como



figura de preeminencia en la cual ponían la esperanza de salvadora orientación, sin embargo de ser todos ellos personas más caracterizadas por la edad, la cultura y las actuaciones en la política desde la Primera República. Esa condición de superioridad en lo relativo a las cosas de la patria, aceptada y reforzada por los demás, representaba el triunfo de una personalidad que se perfilaba con las mejores calidades producidas por la lucha libertadora. Esta no había sido conceptuada por ninguno de los otros tan grandiosa. Por lo mismo, nadie le concedió como él la gracia de glorificar a quienes fueron actores en ella. Tal apreciación no era ideal, sino llevada a la práctica con intransigencia y alarde quijotesco. Obra netamente del pueblo la Restauración, su producto representativo condensaba las virtudes propias del medio y también sus deficiencias; más respecto de los compañeros y de cuantos le habían precedido en la vida dramática dominicana, expresaba un grado más de valor que los otros. A los asendereados principios concurrentes a la fundación de la República, les nacía, como quien dice, su más alto campeón, blandiendo la espada que les había hecho falta en el campo de la acción, por ellos y para ellos.



En las luchas del civismo había tenido que callar la pluma por exigencia de la fuerza. Con Luperón se le enfrentaba a la fuerza para crearle ambiente de garantía y respeto a la libertad. Esa actitud de elevada acción coordinada con un puro idealismo, que reclamaba un constante arriesgar la vida y un continuo despreciar el mayor beneficio de la política, que es el mando; no la renuncia hasta el fin de sus días, pasándose treinta años flameando una bandera de honor, maltrecha unas veces, triunfante otras, pero siempre agitándose desafiadora por atropellos, abusos y traiciones de mandatarios.

Camino de Puerto Plata. Ya el hombre hecho, con el prestigio fascinante alcanzado en la campaña, es cuando se reintegra a la ciudad natal. Todos sus compueblanos son también libertadores, pero entre ellos, a pesar de haber sido los más tenaces e *insolentes* luchadores, no se ha destacado ningún personaje con lineamiento de figura nacional. Así que, espontáneamente acudieron a rodear a Luperón, orgullosos del jefe, como este satisfecho de tan buena oficialidad. De todo el Cibao recibía correspondencia relacionada en su mayoría con el curso de los asuntos políticos. A su vez, él correspondía en tono autoritario, señalando



pautas y sacando verdadera la alta calidad que se arrogara de guardián de las libertades públicas y el honor nacional. Caído Pimentel y estando al frente del Poder Ejecutivo José María Cabral, las tendencias de los políticos se manifestaban enteramente desacordes, y en medio de aquel estado de incertidumbre, cuando apenas habían pasado dos meses de restaurada la República, hubo en el Este un grito de pronunciamiento a favor de Buenaventura Báez, y con ceguedad de autómeta, el Cibao entero, comarca por comarca, se fue adhiriendo al movimiento. Sólo quedó fuera Puerto Plata, por la negativa de Luperón a corroborar aquella inconsecuencia. Con todos los compañeros en contra, no tardó en ser vencido y puesto en el caso de abandonar el país. No había terminado el año 1865, y era arrojado del suelo patrio por mantener en alto el principio salvador en la manigua libertadora. Quienes le dejaban solo, cuatro meses después, convencidos de su errónea apreciación en cuanto a la nueva realidad política, se arrepentían y aceptaban las insinuaciones de levantamiento que por cartas les hacía Luperón desde Saint Thomas. Ellos mismos reanudaron la extinguida reacción iniciada por aquel, y franqueándole las puertas de la patria se formó



el llamado Movimiento del Triunvirato el 1ro. de mayo de 1866 en Santiago, con la constancia de estar integrado por los *auténticos libertadores de la Restauración*. Aquella campaña, encabezada triunfalmente por Luperón, reafirmó su preeminencia personal, hija, no de circunstancias más o menos favorables, sino de sus calidades de espíritu. Parte de entonces deslinde de los bandos políticos en azul y rojo.

Luperón es el prohombre del primero, no el caudillo. Este partido defendió las tendencias liberales y aportó los mejores campeones del civismo en el decurso de treinta años. Pagó generoso tributo de sangre luchando contra los intentos de traicionarle a la patria y la obcecación de detentar el poder; pero cuando se vio solo, o amo único de la cosa pública, apeló también a los medios de fuerza de que había sido víctima, a fin de disponerlo todo para sí, cayendo en los vicios que combatiera, como para darle razón a los contrarios y convenir en que tal recurso correspondía al carácter social y no a los hombres en particular. El Gobierno del Triunvirato, dirigido por los generales Pedro Antonio Pimentel, Federico de Jesús García y Gregorio Luperón, funcionó por poco tiempo el año 1866, y llenó su cometido porque Luperón,



cuando le vio en camino de facilitar graves perturbaciones, hizo disolver la Junta de Gobierno para que José María Cabral ocupase constitucionalmente la Primera Magistratura.

Había aceptado aquella representación por a necesidad de mantener el punto de partida de la revolución triunfante; pero la ligera prueba de mando le hizo despreciarle más, pareciéndole incompatible con la altura de patriota en que deseaba mantenerse. A su parecer, la única actitud a ella adecuada era la de vigilar a los gobernantes para apoyarlos mientras velasen por la dignidad nacional, o reprenderles, exigiéndoles rectificar o corregir sus pasos, o arrojarlos del poder, a tiros desde luego. Mientras fue Cabral el presidente, del 66 al 68, esa función especial no tuvo impedimento; se trataba del Partido Azul en el mando y de un hombre algo flojo de carácter. Pero posesionado Buenaventura Báez de la dirección del poder, Luperón tuvo que salir de la República gobernada por uno que no sólo poseía carácter enérgico, sino también era un abierto campeón de la idea anexionista como único recurso de lograr enfrenar y convertir en fuerza de utilidad social el espíritu díscolo y atávicamente desidiado del dominicano. Luperón en el extranjero



no tiene sosiego. Recorre países del Continente Americano y también las Antillas Mayores y Menores, en labor de conspiración revolucionaria, y se pone en comunicación con valiosos personajes a quienes logra hacerles simpática la causa. Publica hojas sueltas y artículos en la prensa, y finalmente consigue un barco artillado y organiza una incursión por las aguas dominicanas el año 1869. Expulsos tomados en diversas playas le acompañan en la expedición, llamada del *Telégrafo*, por el nombre del barco, aunque, desde que se inició la empresa en la Bahía de San Marcos, Haití, se le puso el nombre de Restauración. Apareció por el Norte, presentándose a la vista de Puerto Plata el día primero de junio. Pidió práctico, que retuvo a bordo; luego lo devolvió con pliegos, intimando la rendición de la plaza. El final fue un duelo de artillería con la Fortaleza, San Felipe, y siguió rumbo a la costa oriental hasta Samaná. Allí desembarcó y se apoderó de la población, y envió a Dámaso Mañón a ocupar, como lo hizo, Sabana de la Mar. No estaba en condiciones más que de producir alarma y ver de conseguir la adhesión de los lugares tocados, pero nadie correspondía a su llamamiento. Sorprendido por Hungría, que le halló con la máquina del barco



apagada, y había llegado a la Bahía en dos goletas remolcadas por un vapor mercante norteamericano, se vio en tamaño aprieto, defendiéndose con la artillería mientras se ponía en condiciones de marcha. Después pasó a la Costa Sur, manteniendo aquel litoral en estado de bloqueo y espanto. Apresó cuanta balandra y goleta encontró a su paso, y las remolcó hasta el puerto de Barahona, plaza ocupada por Andrés Ogando, general de la Revolución. Se entrevistó con José María Cabral, director del movimiento por aquellas regiones, no logrando ponerse enteramente de acuerdo, para bien del Gobierno Nacional, presidido por una sola cabeza. Se dirigió luego a Puerto Tortuguero. Encallado el barco, tuvo que responder al fuego de gente apostada en la playa, mientras aguarda la pleamar para poderse alejar de la costa. Perseguido hasta por buques extranjeros, se alejó de las aguas dominicanas. Obligado a responder de valores tomados para aquella aventurada expedición, servida por artilleros ingleses, tuvo que hacerle frente a no pocos contratiempos, de los cuales pudo rebasar, sin poseer un centavo. Para esos días se ultimaban las gestiones de anexión a los Estados Unidos y tomando para sí la desgracia que se le aparejaba a la patria, empleó



cuantos medios le fueron posibles para crearle antipatía a la nefanda obra del Gobierno dominicano, aunque no repudiada por el pueblo.

La verdad del caso fue, y así lo comprobó Luperón, que el pueblo estuvo más indiferente que activo en la protesta. Como siempre, estúpidamente se dejaba llevar adonde quisiesen los directores de la máquina gubernativa. Luego de volver a recorrer países y hacer llegar hasta los miembros de las Cámaras norteamericanas protestas de grupos de dominicanos, tomó las armas y mantuvo en pie de guerra los campos noroestanos. Esas correrías culminaron con un alarde de heroísmo realizado con cuarenticinco hombres que entraron por Capotillo haitiano y llegaron peleando hasta el riñón de la comarca el mes de marzo de 1871. Aquella marcha atrevida en señal de protesta contra la anexión, ya a punto de realizarse, cavó honda y emocionalmente en el espíritu de Luperón más que todos los riesgosos lances de su vida de guerrero. El intento audaz pareció despertar en el grupo el sentimiento de que iban camino de la gloria.

Entre ellos había un poeta, Manuel Rodríguez Objío, que escribió la letra de un himno, el llamado Capotillo. Su música se com-



puso después, y sus notas bélicas tuvieron la virtud de revivir en Luperón aquella jornada gloriosa, enardeciéndole la virilidad. Ese era su himno. Le hizo componer en Puerto Plata por el músico español, nacido en Puerto Rico, Ignacio Marty, con la letra de Objío, para que se inspirara en ella. No fue, pues, el Himno de la Restauración, sino el del héroe máximo de esa cruzada. No alcanzó la sanción oficial, ni se extendió fuera del ambiente social cibaeno. Aunque Luperón alcanzó el de José Reyes, su sensibilidad quedó monopolizada por aquel.

Terminado el periodo de Báez el 1873, se abre una tregua en el espíritu batallador de Luperón, pero no es larga ni puede serlo. El hombre vuelto a la patria a los seis años de lucha, es ya una individualidad en plenitud de desarrollo, no falta de apreciable lustre que le adecua al plano alto de la vida a que prematuramente arribara por el impulso triunfante, aunque medio desordenado, de sus dotes naturales de dominador. Aquella su modalidad de controlador de gobernantes, no la abandona ni puede hacerlo. Fue primero un reclamo el temperamento, y pasó luego a ser una convicción nacida del continuo afanar por el triunfo de la libertad. Al presidente Ignacio María



González no le parecía que Luperón tuviese tal importancia política que conviniese al Gobierno su adhesión para el mantenimiento de la paz. El haber hecho lo que no pudieron todos los azules juntos en contra del Régimen de los seis años, le daba una visión errada de la realidad, y también del valor de sí mismo. A causa de esto, se le daba un pito las protestas de Luperón. Por ese tiempo, año de 1875, llegaron a Puerto Plata emigrados cubanos, y también a residir allí Eugenio María de Hostos. Se respiraba en aquella ciudad un ambiente de garantía y libertad para todos los perseguidos por el despotismo en América. Luperón los amparaba. Ya desde el 1867, antes de empezar la lucha de seis años contra Báez, había tenido allí acogida el doctor Emeterio Betances para su labor de conspiración contra España en Puerto Rico. Hostos pudo publicar un periódico dedicado a sustentar la autonomía de Puerto Rico y Cuba. Los emigrados cubanos se sintieron como en su casa, y se difundieron entre las actividades profesionales, principalmente la medicina, la enseñanza, las industrias, los oficios y la labor de campo, sobre todo en la rama de ganadería, enseñando el sistema de crianza bajo cerca en vez de libre. Desde entonces Puerto Plata fue la



ciudad dominicana de su predilección, influyendo principalmente en ello el generoso ambiente de hospitalidad y la libre acción de comunicarse con sus compatriotas diseminados por toda la América. Con ocasión de la Segunda Guerra Emancipadora, la del 95, acudieron otra vez a esa ciudad, donde ya contaban con troncos de familias de compatriotas. En lo oficial no tenían obstáculo, porque Heureaux, camarada de algunos próceres venidos la vez primera, seguía simpatizando con la causa de aquel pueblo hermano. Cuando terminó la lucha libertadora, buena parte de estos exilados, sin perder el amor de su tierra, no pudieron desvincularse ya de aquella nueva patria chica, a la que se ligaron entrañablemente. Como consecuencia última de simpatía de estos emigrados por el ambiente físico y social de Puerto Plata, existen en la ciudad más familias de ascendencia cubana que en parte alguna de la República. En correspondencia con esto, el cubano vino a ser el elemento exótico que más influyera en las faenas rurales del puertoplateño. El habitante urbano se entusiasmó preferencia con lo riente y jacarandoso, y se quedó con el aire del bolero, adaptado y hecho típico. Por muchos años la



celebración del carnaval recordó cuadros, juegos y estilos cubanos.

En cuanto el presidente González tocó el ambiente de protección a los cubanos, hubo rompimiento. El Capitán General de Puerto Rico, medio atemorizado por los rumores de estarse preparando en la República Dominicana una expedición contra aquella Isla, lo que no dejaba de ser un asunto grave, tratándose de la cooperación de libertadores que aquí llevaron a cabo la Restauración peleando contra los españoles, reclamaba del Presidente González hacer lo posible por desvanecer esa empresa. Junto con las seguridades que este le dio de ser inciertos dichos rumores, le comunicaba haber el Gobierno suspendido la publicación del periódico que en Puerto Plata hacia campaña *contra la honra de la nación española*. A pesar de esa prueba de amistad, como Luperón, el irreconciliable enemigo de la opresión española en Las Antillas, seguía impertérrito ayudando toda labor de propaganda y conspiración, los Capitanes Generales de Puerto Rico y Cuba se declararon hostiles al Gobierno Dominicano, siendo ello motivo de preocupación para González, tan simpatizador como era de los españoles. El Gobernador de Puerto Plata recibió la orden de



comunicar al Presidente de la Sociedad Política Liga de la Paz, Gregorio Luperón, que se trasladase a la Capital a ponerse a disposición del Ministro de Guerra, y que en caso de no obedecer, lo redujera a prisión y lo remitiese por el primer vapor. La gente armada que fue a su casa a hacerlo preso, repelida a tiros, quedó en ridículo, y el Gobernador Francisco Ortea, que se reconoció estar solo frente a la población armada que acudió a ponerse a las órdenes de Luperón, decidió refugiarse en el Consulado Inglés. Fue el 23 de enero de 1876. Días después era derrocado González.

Aceptó Luperón el Ministerio de Guerra y Marina en la administración de don Ulises Espaillat, por tratarse de tan gran patriota y por la necesidad de cooperar en la formación de un gobierno netamente civil y respetuoso de los derechos del ciudadano. Un gobierno ejemplar era ya una ansiedad de los hombres notables y mejor inspirados de la vida pública. Pero la impaciencia por el mando en unos cuantos, consideró tiempo muerto y aburrido el esperar el término del período de don Ulises, y se armó y fomentó la revolución cuando significaba una deshonra para sus fraguadores. El Ministro de Guerra y Marina se trasladó a Puerto Plata, y allí



dirigió personalmente la defensa de la plaza. Fuerte todavía en la resistencia, le llegó la noticia de haber capitulado el Presidente en Santo Domingo. Otra vez a vivir en país ajeno, mientras vuelve González, y seguido Báez, que se sostiene catorce meses. De retorno en Puerto Plata, tuvo necesidad de reconciliarse con González, que por tercera vez iba tras la Presidencia. Nuevamente fueron puestas en ridículo las autoridades del presidente González, que, a pesar de la reconciliación, en sus adentros seguía mirando sin importancia a Luperón. El presidente Cesáreo Guillermo, inclinado más a estar bienquisto con las autoridades españolas que a preocuparse por la libertad de Cuba, quiso también ponerle trabas a ese abierto amparo a los próceres de aquella isla residentes en Puerto Plata, y el resultado final fue el pronunciamiento del 6 de octubre de 1879, que a los dos meses ponía fuera del mando a Guillermo. Presidió entonces Luperón el Gobierno Provisional nacido del movimiento, logrando así darle asiento definitivo en el poder al Partido Azul. Allí podía organizar la cosa pública según sus deseos y alejado de la importunidad de las intrigas palaciegas. Las autoridades españolas se sintieron preocupadas con el nuevo Presidente,



que antes de serlo se había atrevido a tanto. El mes de Marzo de 1880 enviaron desde San Juan de Puerto Rico, en el vapor de guerra África, un comisionado que en Puerto Plata tuvo algunas entrevistas con el Presidente Luperón, con el fin de lograr, mediante ofertas que fueron rechazadas, la deportación de Antonio Maceo. Duró el Gobierno once meses. Las gestiones gubernativas desarrolladas en ese lapso confirmaron la sinceridad del hombre que llevaba quince años hecho un fogoso campeón de las libertades públicas y preocupado por el progreso de la nación. Asegurada la paz, buscó al hombre para el momento histórico, declarando carecer de la preparación de un estadista para continuar la obra de levantamiento iniciada por él. Reconoció, además, lo que ningún hombre de armas de nuestra vida pública ha tenido la honradez de aceptar: que gobernar o conducir un pueblo es labor diferente de mandar un campamento u organizar la actividad de un cuartel. Quien tal aceptaba, poniéndose el primero entre la gente de sable, era un espíritu consciente del destino de los pueblos y de la función social del hombre. Algo más, tenía el sagrado compromiso de un ideal al que no dejaba de pagarle vasallaje. De su concepto sobre la misión del gobernante nació



el imponer al Padre Meriño como candidato a la Primera Magistratura por el Partido Azul.

Después se dirigió a Europa, y estando allí recibió el nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República, cerca de los principales países del continente. Fue un matiz final de su personalidad en la vida pública. El hombre que en su tierra se pusiera de un salto en el plano de lo alto, se mantiene entero en el crisol del escenario civilizado, donde se mueve y llena su cometido con el tono de altura y altivez que le es particular. En Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, Alemania y Dinamarca, fuera de la indispensable comunicación con los personajes de Estado, trató a hombres notables de las letras y la ciencia. En la buena acogida de que fue objeto en tales circunstancias, entra por mucho el renombre de héroe de la Guerra Libertadora de su país contra España, que le precedía. Como invitado de honor asistió a un almuerzo ofrecido por la Reina Victoria, de Inglaterra; también lo fue en Dinamarca. en un ágape presidido por el Rey y la Reina. En Alemania el Canciller Otto von Bismark, por haber tenido que ausentarse cuando iba a recibirle. le envió de regalo su pluma de fuente.



Con todo, se mantuvo criollo, sintiéndose preocupado, al comparar, por el atraso de la patria lejana y querida. Escribía continuamente alentando a sus compatriotas a no desmayar en el aporte de esfuerzos para impulsar el progreso social. Además, señalaba normas de acción, con la mira puesta en la agricultura como base de la prosperidad nacional. El quijote que eternamente le fermentaba le hizo sufrir ante el abuso de la flota inglesa que por esos días, mes de Julio de 1882, descargó despiadadamente sus mortíferas baterías sobre las fortificaciones y la ciudad de Alejandría, en Egipto. Al referirse a ese suceso, que le *conmovió profundamente*, exclama: *¿Qué lección tan terrible para el pueblo dominicano, que no quiere pagar impuestos para darse la fuerza que no tiene y poder conservar su independencia...* Habla, sin poderlo evitar, el tipo criollo, el hombre de armas forjado en la fragua del cuartel y los cantones.

Promoviése en París la idea de fundar una sociedad de naciones hispanoamericanas mediante la reunión de un Congreso integrado por representantes de las mismas. Luperón, que participó en aquellas actividades, en medio del entusiasmo despertado por tan gran proyecto, hablaba de su esperanza de ver pronto incor-



poradas a dicha institución a Cuba y a Puerto Rico, las últimas presas de España en América. El doctor Emeterio Betances, noble alma apostólica atormentada por la emancipación de su adorada Borinquen, y que por la comunidad de ideales ya había tenido comunicación con Luperón, recibió de este en tal oportunidad atenciones y oportuna cooperación. Fue nombrado Primer Secretario de la Legación Dominicana. A partir de eso, el saber de este eminente puertorriqueño era aprovechado por Luperón en sus actividades diplomáticas.

Cuando volvió a la República, más exigente en cuestiones de patriotismo y más despreciador del mando, intervino en la escogitación de candidatos para las elecciones nacionales del año 1884. Quiso el triunfo de Casimiro Nemesio de Moya, pero la mayoría se decidió por Francisco Gregorio Billini, sustentado por Heureaux. Por vez primera actuaba este desligado de Luperón, dentro de las más cordiales relaciones y creído el último que se trataba de una ligera discrepancia de apreciación, por lo que no abandona su antigua postura de jefe regañón, habituado a ser oído sin réplica. Además, bajo la administración de Billini no podían todavía separarse, pues contra uno y otro asomaba un enemigo común,



frente al cual se complementaban en la defensa. La renuncia de Billini, a consecuencia de la presencia en el país del general Cesáreo Guillermo, y los acontecimientos del 86, los halló, pues, identificados en la acción.

Cuando esta formidable revolución, tenía Luperón el cargo de Delegado del Gobierno en el Cibao, que le aceptara a Billini. Contra su gigantesca resistencia y empuje se estrelló impotente el coraje de la juventud revolucionaria en Puerto Plata. La ideología política de la gente del movimiento concordaba con la de Luperón, pero se le odiaba como defensor de Heureaux. Entre los jóvenes revolucionarios estaba Félix Tavárez, pariente de Luperón y caído en la contienda. En la ciudad, antes de comenzada la lucha, era de los que vociferaban contra el Delegado del Gobierno. Cuando a este le informaban sobre el particular, replicaba que era hombre libre con derecho a opinar y a protestar.

Ocupó Heureaux la Primera Magistratura en Enero de 1887. Actuó de manera tal, que Luperón no tuvo dudas de haber perdido al lugarteniente cuya acción guerrera, triunfante de todos los obstáculos, había prolongado el prestigio Político del héroe. Tuvo el intento de hacer fracasar aquel desvío hacia la detentación



del poder, y algunos sectores políticos le ofrecieron su cooperación. Pero aun con esto, se reconoció solo. Echó de ver cómo ya Heureaux dominaba en el escenario. Tuvo entonces la prudencia de renunciar a la postulación de su candidatura para la Presidencia. Ala vista del peligro que se aparejaba al pueblo dominicano, quiso el mando, tantas veces despreciado, pero ya era tarde. Se va al exterior a combatir como siempre, pero ahora con más doloroso resentimiento, a quien hace del poder una cosa manejada a voluntad y subvirtiendo el verdadero objetivo del Gobierno. Los mismos afanes, que le absorbieron la totalidad de sus energías cuando los seis años de Báez vuelven a constituir la actividad de su vida. Llegado el momento de la acción no se pudo desarrollar la campaña planeada detenida por el Gobierno Haitiano tras las primeras escaramuzas. Fue la Insurrección de los bimbines. Parece que no estaba en mano de los hombres detener el curso de la realización ni fatal de la tiranía lilisiana.

Han transcurrido treinta años de la última lucha por la libertad. El campeón no tuvo descanso en la guerra ni en la paz. En la primera fase, la el Restauración, movióse en los elementos propios de su carácter. La violencia, que



fue allí recurso los de triunfo y preeminencia individual, le impregnó la potencia volitiva, de suyo vigorosa, y quedó forjado de manera que todas las exteriorizaciones de su espíritu se resintieron de esa modalidad. En la segunda fase, la de la vida autónoma, su proceder no era diferente, como quien disponía por sí para que las cosas se hiciesen según su exigencia. Era así arbitrario sin poderlo evitar. Pero no caía en el uso vulgar de la fuerza pues no le impulsaba a la acción un propósito egoísta, sino un constante móvil de abnegación al servicio de la sociedad. Ello explica el que le pudiese alentar un espíritu superior, el más extraordinario de cuantos fueron actores en el escenario del pueblo dominicano. La virtud que tuvo para imponerse y ser aceptado entre los de primera calidad donde quiera que pisaba, le fue reconocida, no circunstancialmente, sino desde que se inició en el trato e intercambio de intereses y afectos con los hombres, hasta el fin de sus días. Y fue ello tan bien fundamentado, o basado en el valor intrínseco del personaje, que, estudiados los trazos luminosos de su espíritu, da un acervo de acción civilista, esfuerzos por el mejoramiento social, pautas para la vida pública del ciudadano, y empeños por mantener honrosamente la



integridad nacional, capaz todo ello de resistir ventajosamente todas las confrontaciones posibles con las actuaciones de los demás personajes. Ninguna individualidad dominicana tuvo la amplitud de su desarrollo considerado desde el punto de vista de la abnegación y constante acción constructiva reclamada del ciudadano por el alto interés social. No es tipo modelo de perfección, sino tocado de anomalías y deficiencias del medio; pero es auténtico hijo suyo, y no podía producirle de mayor pulimento. Desde que se lanzó a la manigua libertadora, a impulso de la clase de vida desplegada allí, fue ilustrándose y correspondiendo intelectualmente al papel que le iba tocando desempeñar. Sus aptitudes oratorias comenzaron allí a florecer, y empezó también el uso de la pluma, como otro conducto para manifestar sus inquietudes y amores con relación a la patria. El Teniente Coronel español José Velasco que le oyó en Santiago arengar a los patriotas, le reconoció dotes tribunicias, calificándole de *tribuno de la raza de color*. Sus aptitudes oratorias correspondían más que otra alguna a su manera temperamental; y hasta escribiendo su estilo es oratorio. Nadie ha tenido entre los dominicanos su don sugestionador en la palabra. Poseía esta



efluvios magnéticos que atraían y mantenían en estado de a sujeción al auditorio. Improvisaba las arengas, no faltándole nunca a su fertilidad de talento el aporte de recursos oratorios. Cuando aludía a las cosas de peligro para la patria o relativos a su dignidad, se agigantaba en elocuencia.

Lo que no le pasaba por la mente a los principales y conscientes actores de la Revolución Libertadora, estaba siendo objeto de atención cuidadosa por el joven Luperón. Anotaba los sucesos en los cuales participaba, sin olvidar una mirada sobre el panorama general, y detalles sobre el carácter de los personajes. Fue el único observador formal de parte de los dominicanos. Por eso, y porque no le tuvo miedo a la verdad de los acontecimientos en relación con la animosidad de los actores, vertió, con el espíritu más independiente que se pudo dar, los hechos de que tuvo el conocimiento desde la Restauración hasta la tiranía de Heureaux. Realizó así una labor intelectual que retrata su contextura moral. Consta de tres tomos y se titula: *NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS Y APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LA REPÚBLICA DOMINICANA*. Se publicó en Ponce, Puerto Rico, el año 1896. Hay



en ella retratados los rasgos característicos de un alma vigorosa y sincera: sus pasiones, amores y preferencias de patriota; anhelos de justicia, poniendo en alto y premiando la virtud, y fustigando sin piedad todas las desviaciones viciosas; el lenguaje más cáustico o hiriente que ha merecido la perversidad de los detentadores del poder en la República Dominicana; la fogosidad temperamental y la alteración que ella ponía en la imagen de la realidad; la ideología política reflejada de los más avanzados principios democráticos; superioridad moral para oír el insulto con ánimo de defenderse; consecuencia con el elevado concepto de patria que le lanzó a la conquista de un ideal; y en el fondo de todo, entremezclada la deficiencia educacional con la lucidez prendida por el talento espontáneo y vivaz. Hay esparcidos en ella también los más certeros juicios acerca del carácter del pueblo dominicano. Producido el contenido de cada tomo al influjo de diversos acontecimiento en tiempos distanciados, una vez terminados todos, hizo falta una revisión general, enfocado el conjunto como una unidad en la cual la estimación acerca de un personaje en un momento dado, no apareciera más adelante, en otro tomo, anulada, tal vez en favor del aludido. Cuando el



año 1895 se supo en la República que dicha obra había sido dada a la estampa, hubo un gesto burlesco para el autor, negándosele hasta la calidad de prócer. Tal actitud de irrespetuosidad no ha faltado nunca en la República Dominicana contra quienes acosados del patrio suelo por el despotismo, denuncian a la faz del mundo los atropellos y crímenes de que son víctimas sus conciudadanos. El Gobierno Nacional a iniciativa de Rafael Leonidas Trujillo, amo circunstancial de la nación, y por lo mismo con suficiente autoridad para no ser contrariado o burlado por los tantos enemigos de la verdad presentada en esa obra, dispuso una segunda edición, también tres tomos, alimentada, corregida y modernizada, que circuló el año 1939 con motivo de los cien años del natalicio de Luperón. El héroe había vivido intensamente y el cuerpo reclamaba descanso. Asomaron los achaques, y ya no hubo dinamismo capaz de aplazarlos o reducirlos a estado latente. Estaba enfermo en Saint Thomas cuando llegó a la República la noticia de su estado de postración. Ulises Heureaux, dueño del poder y con la tiranía en el punto culminante de su desarrollo, sintióse tocado en una de las cuerdas más sensibles de su corazón la gratitud, y concibió y



puso en ejecución seguido el propósito de ir a buscar al General, próximo a morir. En función de tirano representó el polo opuesto de su antiguo jefe, por quien no dejaba de sentir cariño y respeto.

Había desarrollado una individualidad, también extraordinaria, pero en sentido egoísta, y en contraste con aquella, que lo era en forma de abnegación o tributo a un ideal. Por eso, aun de aquel motivo, necesitó Heureaux sacar algo para adorno y brillo de su representación. Llegado al puerto de Saint Thomas, donde no faltaban buques mercantes y de guerra de las principales naciones, en cuanto se supo la presencia del Presidente de la República Dominicana en buque de guerra, en señal de bienvenida todos se adornaron con banderas y gallardetes, y hubo saludos con salva de artillería. Después se organizó un suntuoso baile en honor del distinguido huésped, que fue objeto de múltiples y finos agasajos. Cuando se acercó a Luperón, lo hizo en el tono de sumisión y respeto filial que en todo tiempo tuviera para el jefe. Éste no accedió así como quiera, sino con airada protesta de reconvención para el que a su parecer iba a buscarle, no por gratitud, sino por conquistar honores. En su hogar de Puerto Plata



tuvo como médico de cabecera al doctor belga La Fosse, especialista en enfermedades de la vista, la nariz y la garganta, venido a la República el año 96, procedente de Jacksonville, Florida. Quiso morir según había vivido: altivamente Y para no ofrecer el triste espectáculo de disparatar e inspirar lástima en la hora suprema, exigió del doctor un tóxico que apuró no bien se sintió a los postreros desvanecimientos. Fue el 21 de mayo de 1 1897. (Véase *HOMBRES DOMINICANOS*. Tomo 1:1839-1897).

*Diccionario histórico biográfico*, Rufino Martínez.



Es de importancia capitalísima  
que una nación tenga tras de sí un gran pasado  
que contemplar.

Ese modelo es el que ha dado tan vigoroso  
aliento, tanta fuerza y poderoso valor a los patriotas  
en el pasado y en el presente, para luchar con  
imponderable bravura por la patria y por sus  
instituciones.

La publicación de este opúsculo  
*Hombres la de Restauración*, de Gregorio  
Luperón dentro de la nueva serie de publicaciones que  
inicia la librería La Trinitaria  
ha sido un paso positivo en la difusión del libro  
dominicano dado por la doctora Virtudes Uribe.

